

1
I
854

R. 8457

21 com.

VIAJE

Á LA

NUEVA CATALUÑA

DESDE ANDALUCÍA.-LOS TERREMOTOS DE 1884

DESCRIPCIÓN PINTORESCA, CIENTÍFICA É HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS DE JÁ TAR Y ARENAS DEL
REY, RECONSTRUIDOS POR LA CARIDAD CATALANA, EXCURSIÓN POR LAS
RUINAS DE ALHAMA, AGRÓN Y SUS CONTORNOS, NARRACION DE LOS FENÓMENOS GEOLÓGICOS OBSER-
VADOS, DATOS HISTÓRICOS HASTA HOY DESCONOCIDOS, TRADICIONES, USOS Y COSTUMBRES
DE AQUELLOS PUEBLOS DE LA PROVINCIA DE GRANADA

POR

JOSÉ VENTALLÓ Y VINTRÓ

(SEGUNDA EDICIÓN)



TARRASA

IMPRENTA DE M. UTSET JUNCOSA.—FUENTE VIEJA, 30

1890

A LOS ILUSTRADOS PERIODISTAS
DE LA COMISIÓN DE LA PRENSA ASOCIADA DE BARCELONA
REPRESENTANTES DE LA CARIDAD CATALANA

Al pié de la gigantesca Sierra Tegea que separa las hermosas provincias de Granada y Málaga, en aquella infortunada comarca, teatro de la gran catástrofe geológica de 1884, en el pueblo de Játar levantado de entre las ruinas al noble y patriótico impulso de la caridad de Cataluña, sentime orgulloso de haber visto la luz primera al pié del legendario Montserrat no menos gigantesco, y concebí la idea de escribir mis impresiones de viaje, publicadas en 1886 en algunos periódicos de Granada y Barcelona.

Al recopilar hoy aquellos desaliñados artículos que bautizo con el título de VIAJE Á LA NUEVA CATALUÑA por haber oído que así nombraban á la moderna Játar los moradores de la comarca en su entusiasta agradecimiento á los que presurosos acudieron á enjugar sus lágrimas y á mitigar sus amarguras, créome un deber dedicar las páginas de este modesto libro en testimonio de cariñoso respeto, á los dignos individuos de la Comisión de la prensa barcelonesa, á los ilustrados periodistas que, con celo patriótico, supieron interpretar con fidelidad los nobles sentimientos de la hidalga tierra catalana.

EL AUTOR.

Tarrasa 1890.

I

SALIDA DE GRANADA.—DE ARMILLA Á GABIA.—LAS FIESTAS DE LA MALAHÁ.—CANTARES ANDALUCES.—LA ANTIGUA MISARZA.—SUS BAÑOS Y SUS SALINAS.—DE ESCÚZAR Á AGRÓN.—LAS ATALAYAS.—MELGARES Y EL VIZCO DE BORGE.—LA VENTA DEL FRAILE.

Al abandonar la capital del Principado para emprender una excursión por Andalucía con el preferente objeto de visitar la antigua corte de Boabdil, la hermosa ciudad de la Alhambra, la histórica Granada, algunos amigos de la prensa de Barcelona, individuos de la Comisión nombrada para llevar á cabo la reconstrucción del infortunado pueblo de Játar, víctima de los terremotos de triste recordación, movidos de su plausible celo por el cumplimiento de aquella misión, que tan acertadamente les confiara la prensa asociada, rogáronme encarecidamente hiciera una visita á Játar, cuyas obras tocaban á su término, y que les escribiera con entera franqueza mis impresiones.

Acepté con gusto el honroso encargo de visitar aquel pueblo, levantado de entre las ruinas, al impulso noble y generoso de la inagotable caridad de Cataluña. Llegué á Granada con ánimo de emprender inmediatamente dicha excursión, pero el tiempo poco apacible y lluvioso, vino á contrariar mis propósitos, con harto sentimiento mio. La casualidad hizo que en el café Suizo llegara hasta mí el áspero acento del habla de Ausias March, tan grato al oído de quien ha tenido la dicha de nacer en ese antiguo Principado. Oír la conversación, volver la cabeza y cometer la imprudencia de interrumpir el amistoso diálogo de dos paisanos que ocupaban la mesa inmediata, fué obra de un momento. No sé lo que pasa cuando dos catalanes se encuentran en país remoto, no sé que fuerza les atrae y les junta. Como en tales casos sucede, celebraron mi *indiscreción* los dos paisanos, obsequiándome con unas copas de cognac, entablóse intimidad al momento y pronto con satisfacción, vine en conocimiento de que uno de ellos, el Sr. Mascaró (don

Luís), se disponía á salir el día siguiente para la desventurada Játar. Concertóse la marcha, brindóse por Cataluña y por el feliz éxito de la excursión, nos despedimos y al siguiente día, 17 de Marzo, á la hora prefijada, con puntualidad catalana, nos reunimos en la Carrera de las Angustias, donde nos habíamos citado.

A las once de la mañana salimos de Granada al trote de nuestros respectivos caballos, por la carretera de Alhama, acompañados de un excelente guía, hijo del país. Llegamos bien pronto á Armilla, cuyos extensos llanos improductivos para la agricultura, se destinan á campo de operaciones de las fuerzas que guarnecen á Granada y donde se situa el Hipódromo durante las fiestas populares. Cruzamos precipitadamente la villa de Gabia la grande, pudiendo observar á la derecha de la carretera y algo separada de la población, la pintada torre de la iglesia parroquial, cuya construcción costeó el afamado matador de toros Salvador Sánchez (Frascuero), hijo de aquella comarca.

Sin incidente digno de mención, después de salvar la colina, que, cual anfiteatro romano circunda la hermosa y extensa vega de Granada, apareció á nuestros piés en lo profundo de un valle, la villa de Malahá, célebre por su historia, por su establecimiento de aguas minero-medicinales y por sus ricas salinas. Después de pasar un magnífico puente de piedra (construido por catalanes) que salva el profundo barranco del Salado, entramos en la población en el momento en que el vecindario, en cumplimiento de una solemne promesa por haberse librado de los terremotos y de la epidemia colérica del último verano, se disponía á celebrar pomposos festejos en honor de su patrona. El celoso párroco de la villa D. Andrés Cantero, con cuya amistad nos honramos, nos invitó á que nos quedáramos aquella noche, ofreciéndonos succulenta cena y hospitalario albergue en su rectoral morada. Cansados algún tanto del viaje, aceptamos gustosos la cariñosa invitación del virtuoso cura. Asistimos á una función religiosa en la que tomaron parte varias jóvenes de la Malahá, tan piadosas como bellas, y presenciarnos una solemne procesión á la que asistió el vecindario en masa y las autoridades, completamente descalzos, en cumplimiento de aquella promesa del pueblo. Era de ver el entusiasmo de aquellos sencillos labradores, que prorrumpían á

cada momento en frenéticos vivas y estrepitosos aplausos á su patrona durante el curso de la procesión, disparándose al terminar ésta, un castillo de fuegos artificiales.

Concluida la fiesta nos dirigimos á la casa rectoral con el laudable propósito de buscar en el sueño el descanso que nuestros cuerpos necesitaban, cuando los sonidos de varias guitarras tocadas primorosamente, detuvieron nuestros pasos. En medio de su ferviente entusiasmo por la Virgen del cielo, no se olvidaban los mozos de la Malahá de las vírgenes de la tierra, señoras y dueñas de sus pensamientos.

A los alegres sonos de aquellos instrumentos de cuerda, al pié de una reja, entonó una voz ronca y varonil la siguiente copla:

«Hoy á la Virgen juré
Toda mi existencia darte,
¡Qué la Virgen me castigue,
Si á mi palabra faltare!»

¡Cuán grato es el sabor popular de los cantos andaluces al alegre son de la guitarra, en el silencio de una noche serena!

No bien terminó la primera copla, cuando se oyó otra voz que en tono sentimental cantó estotra muy conocida:

«Te quiero más que á mi vida
Te quiero más que á mi madre,
Y si no fuera pecado
Más que á la Virgen del Cármen.»

Pausadamente nos encaminamos á nuestro alojamiento, saludamos al buen sacerdote y nos acostamos, oyendo á lo lejos el siguiente cantar:

«A la Virgen esta tarde
Le referí mi dolor
Y al escuchar mis pesares
La Virgen se estremeció.»

Con música nos acostamos y al amanecer del siguiente día despertamos á los sonos de un violín, una flauta y un pandero que acompañaban las preces del vecindario que recorría las calles cantando el Rosario de la Aurora.

Tomamos el desayuno y recorrimos detenidamente la población situada en una llanura cercada por varios cerros. Su origen es antiquísimo. Esta hoy modesta y reducida villa, fué ayer importante colonia romana, que contó más de cinco mil

vecinos, según una vieja y carcomida crónica que tuve ocasión de ver en el archivo de aquella parroquia. Refiérese, que con motivo de aprovechar para el riego las aguas que encontraron en este sitio algunos labradores, construyeron una gran charca donde las recogían. Un labrador encargado sin duda de su distribución, padecía una afección cutánea en sus extremidades inferiores. La clase de ocupación á que estaba destinado, le hacía con frecuencia tener estas sumergidas en el agua, observándose que desde que tomaba estos baños parciales, la enfermedad decrecía, hasta que desapareció por completo. Este hecho aislado, llamó la atención de aquellos sencillos campesinos, que atribuían á un poder sobrenatural una curación tan inesperada. Tan feliz acontecimiento, se propagó rápidamente y ya empezaron á usar de dichas aguas muchos enfermos de los pueblos comarcanos, algunos de los cuales quedaban completamente curados. Esta es la versión más verídica del hallazgo de estas benéficas aguas que tan justo renombre han alcanzado. Por esta causa dióse á esta población el nombre de *Misarza* que en su lengua gótica quiere decir *alivio de dolientes*.

Aunque el término de Malahá se halla desprovisto de vegetación, ocupan, sin embargo los baños, una posición topográfica bastante pintoresca. Las aguas medicinales brotan á unos 800 metros sobre el nivel del mar. El pueblo se halla situado en un estenso llano limitado por los arroyos de las Pilas y del Salado. En la unión de estos dos arroyos, existe un abundante manantial de agua clorurada sódica, que constituye las notables salinas, donde anualmente se recogen más de 30.0000 fanegas de sal.

Ofrécese á la vista un estenso horizonte. Al E. el arroyo del Salado, el camino de Granada y los cerros de Almenara alta y Montevive. Al O. E. se ven terrenos incultos, algunos prados, el cerro de la Atalaya, y al horizonte en último término, el pueblo de Escúzar. Su única industria es la agricultura, su principal cosecha el trigo. Su establecimiento balneario, es uno de los más importantes de la provincia de Granada, tanto por sus virtudes medicinales como por su proximidad á la capital. La justa fama adquirida de tiempo inmemorial, hace que la moderna *Misarza* se vea frecuentada en verano y otoño por numerosos bañistas.

Eran las ocho de la mañana, cuando montamos en nuestras

caballerías y nos despedimos de la Malahá y de su celoso párroco, cuya galantería agradecemos profundamente. De la Malahá á Escúzar y hasta las cercanías de Agrón, es un trayecto sumamente penoso. Se cruza un llano interminable, se pasan horas viendo el pueblo de Escúzar asentado en la falda de una montaña, pueblo que siempre se vé y nunca se alcanza.

Salimos verdaderamente cansados de aquella monotonía de vistas que nos ofrecía la naturaleza. Por fin, después de dejar atrás á Escúzar, apareció á la derecha el pueblo de Ventas de Huelma, y en el horizonte una morisca *atalaya* (hombre que vigila) en lo alto de un cerro. Dicha torre, servía en aquella época guerrera para transmitir el aviso de la aproximación del enemigo, dó se encendían hogueras que se divisaban en la *atalaya* de la Malahá, la que á su vez transmitía la seña á la que se levanta en Sierra Elvira, que estaba en comunicación con la corte granadina.

Por un estrecho y pedregoso sendero bajamos á la *Cañada de Incar*, donde divisamos á dos ginetes que iban acercándose á nosotros al trote de dos briosos caballos. Su aspecto á la primera impresión, nos hizo pensar si serían contrabandistas. Cuando pudimos fijarnos en su porte y apreciar algunos detalles, vimos llevaban ambos un remington apoyado sobre las monturas del caballo, en el cinto una pistola de regulares dimensiones y un enorme puñal. Su porte, su aspecto, era en una palabra bien poco tranquilizador. Al cruzarnos en el camino nos dirigieron una mirada escudriñadora.

—Con Dios—díjonos con ronco acento uno de ellos.

—Vayan ustedes con Dios—respondimos á coro nosotros.

—Ván más armados que la Numancia—dijo entre dientes y en tono de burla el amigo Mascaró al notar el armamento de los dos ginetes.

—Cállese usted, por Dios—añadió el arriero que les conocía perfectamente.—Es *Manuel* y su *compare*—prosiguió diciendo el guía.

—¿Y quién es *Manuel*?

—*Melgares*, y su compañero el *Vizco de Borge*, añadió *Frasquito*, que tal se llamaba el arriero.

Todas las bombas del sitio de París que hubiesen estallado á nuestros piés, no nos hubieran causado el efecto de aquella noticia tan poco tranquilizadora.

El que era *Manuel*, según el arriero, tendría unos 46 años de edad, regordete, cara oval, moreno, grandes ojos, bigote negro algo canoso y de aspecto más simpático que su compadre *Visco* (como su nombre) de unos 50 años de edad, bigote canoso, mala facha. Ambos vestían chaqueta negra y sombrero hongo al estilo del país. *Manuel*, montaba un caballo bayo de pocas carnes y su compare un jaco rojizo.

Si bien nos hizo poca gracia, el encuentro de los dos aventureros, que algunos periódicos les creían en Orán, nos tranquilizó algún tanto, el interesante relato del arriero. Frasquito nos describió punto por punto la historia de estos bandidos, sus hechos heroicos, sus numerosas hazañas, su valor temerario, sus rasgos de generosidad, hasta sus *virtudes* que les distinguen de los asesinos asquerosos y vulgares. En gracia á la brevedad, nos excusamos de transcribir aquí las escenas dramáticas hábilmente contadas con acento andaluz por el buen guía, sus muchos robos, las aventuras de que se han visto rodeados y que con su interés nos hicieron imperceptible el largo trayecto que recorrimos.

Pasamos junto al pueblo de Agrón, que, como las aves nocturnas hace su habitación en los altos cerros. Las oscuras casas del pueblo que tanto sufrieron con los terremotos, han sido reconstruidas por la población minera de Linares. La mayor parte de las viviendas, son míseras casuchas sin condiciones higiénicas de ninguna clase. No habíamos andado un kilómetro cuando nos hallamos en la Venta del Fraile donde descansamos tomando frugal alimento. Allí nos encontramos con el *Fraguero*, amigo de Frasquito, quien al contarle el encuentro de los dos *compadres*, convino con nosotros en todos los detalles, manifestándonos, que pocos días antes había almorzado con ellos en la fuente del *Alamillo*, del camino de Alhama á la costa.

II

UN HERMOSO PUNTO DE VISTA.—LA TORRECILLA DE ALGAR.—VESTIGIOS DE UN PUEBLO.—EL CAMINO DE ARENAS DEL REY.—RUINAS.—LA POBLACIÓN MODERNA.—LAS OBRAS DEL FOMENTO DE BARCELONA.—LA COMISARIA RÉGIA.—EL CAMINO DE JÁ TAR.—EN CATALUÑA.—DESCRIPCIÓN DE JÁ TAR.

Pocos paisajes pueden verse tan hermosos, como el que se ofreció á nuestra vista, apenas abandonamos la *Venta del Fraile*, del camino de Agrón. Al llegar á la cuesta de Majaróz, pudimos contemplar una vasta llanura que riega el rio de Alhama y despliega al sol los lujosos mantos de una espléndida vegetación. Y allá, á lo lejos, en el fondo del cuadro, asoma una negra colina dó se destacan las blancas casas construidas en Já tar, que asemejan un rebaño de ovejas, y en último término, las caprichosas y nevadas cumbres de Sierra Tegea, para dar más singular encanto al panorama. Descendimos, no sin la precaución de bajar de nuestras caballerías, la empinada cuesta de Majaróz, llegando á la orilla del rio, donde levanta sus rojizos muros la torrecita de Algar, convertida en modesto ventorrillo. Allí nos contó el guía, que junto los muros de la vieja torre, existen vestigios de una antigua población que que se llamaba Algar y que dá nombre al rio. Todo hace creer que allí hubo un pueblo más ó menos grande. En diversas escavaciones que se practicaron por aquellos alrededores, se han encontrado cimientos de edificios, tarros antiquísimos, ladrillos, tejas y huesos humanos esparcidos acá y acullá.

La posición que hubo de ocupar el pueblo era excelente; á la orilla del rio, en una inmensa llanura circular llena de exuberante vejetación y limitada por un espléndido horizonte de montañas.

Cruzamos el rio de Algar, que á la sazón era bastante caudaloso, y emprendimos el camino de Arenas, que sigue las ondulaciones del rio de Já tar. Allí la naturaleza se presenta muy

hermosa, la vegetación espléndida á los lados de profundos barrancos, en cuyo fondo se atropella el agua de varios arroyos que vienen á culebrear en el camino como una hermosa cinta de plata. Pocos caminos habrá tan pintorescos. Todo era bello y, sin embargo, al poco rato de caminar por aquellos sitios, donde ostentaba sus matices la primavera, después de contemplar aquellos campos donde los primeros verdores de las mieses apuntaban, bajo aquel cielo diáfano y azul, después de aquel camino tan hermoso y poético, tropezamos con Arenas del Rey, cuyas ruinas infundiéronnos melancolía y tristeza. A medida que nos íbamos aproximando, ofrecíase á nuestros ojos toda la inmensidad de aquella gran catástrofe. Por doquier se veían huellas del terrible fenómeno geológico. Junto á la población los caminos cubiertos de enormes peñas desprendidas, las calles montones de cascajo, fragmentos de edificios, techumbres desprendidas, trozos de muro que resistieron al rudo embate del movimiento. Pintar con exactos colores la impresión que nos produjo el cuadro que teníamos á la vista, es imposible. Ni una calle donde se pudiese transitar, la iglesia cuyos muros tendrían un metro de espesor, un monton de escombros. Contadas fueron las casas que quedaron en pié: se arruinaron 370 casas, y murieron bajo las ruinas, 137 vecinos. Junto á los vestigios de la antigua población, se levantan las chozas construidas con cañas de maiz y de retama, pues las casas de madera construidas por la prensa de Granada y de la córte, quedaron convertidas en ceniza en el horrible incendio del último verano.

Reina entre las imponentes ruinas un profundo silencio. Sólo se oye de vez en cuando el monótono rumor del viento que gime quejumbrosamente. El hálito de la muerte se percibe en aquellos sitios. Aquel silencio contrasta ciertamente con la animación y el atronador ruido que se levanta á la orilla opuesta del rio, donde se está construyendo la población moderna por la Comisaría Régia y el Fomento de Barcelona.

Pasando por un puente de madera cruzamos el rio, al objeto de encaminarnos á la estensa planicie donde se hacen las obras de la nueva Arenas. La llanura está dividida en dos zonas, en la parte norte construye la Comisaría régia, en el sur el Fomento de la producción nacional. Las obras de la ilustrada Asociación catalana están sumamente atrasadas. Está he-

cha la cimentación de las 90 casas del Fomento catalán y sólo siete pude ver terminadas por completo, las cuales constan de cocina, dos dormitorios, salita, pasadizo y corral, puerta y dos ventanas á la calle. Está terminada toda la carpintería de puertas y ventanas. La causa principal del lamentable atraso en que las obras del Fomento se encuentran, es en lo que está fundada la solicitud que el constructor ha dirigido á la mencionada Asociación, pidiendo se le conceda alguna parte de la existencia de materiales, como se ha concedido á los contratistas de la Comisaría régia y se viene concediendo en todas las contratas. Desde luego que así se facilitarían más elementos al contratista, lo que indudablemente contribuiría á la mayor actividad de los trabajos y al adelanto de las obras. Hoy están ocupados en los trabajos del Fomento sólo siete albañiles.

Las que costea la Comisaría régia están más adelantadas. Se principiaron en el mes de Enero y á fin de año se cree estarán concluidas. Actualmente hay 54 casas á falta de tejar. Tienen buen aspecto, constan de bajos y primer piso. Las hay de una y de dos naves, y no parecen muy propias para un pueblo agricultor, donde más que pisos y perfiles, convienen cuadras y corrales. Con todo, el aspecto de las dos calles terminadas, de diez metros de luz, es excelente. Los edificios que forman la esquina de cada calle tienen la forma de pabellón. La Iglesia, las Escuelas y Casa Ayuntamiento se construirán en breve en una grandiosa plaza. Cuarenta y cinco casas estarán terminadas en el mes de Mayo, bajo el mismo plano que las de Alhama y Zafarraya.

Eran las cuatro de la tarde y resolvimos emprender la marcha á Játar, objeto de nuestro viaje. Pasamos otra vez el puente de madera, yendo á encontrar la senda que arranca al pié de la arruinada Iglesia y emprendimos la salida de la pedregosa cuesta de Jatar. A medida que íbamos caminando por aquella senda abierta entre las peñas, varios pintorescos puntos de vista iban atrayendo nuestras miradas. Gigantescas peñas, inexpugnables fortalezas de granito, verdaderas maravillas de la naturaleza. El terreno iba apareciendo cada vez más quebrado, cambiando á cada momento el panorama; cascadas, despeñaderos, abismos, barrancos dó brotan mil arroyos. A cada paso encontrábamos cortijos re-

construidos y peñas desprendidas en las profundidades del río Játar, que nace en las vertientes de la Sierra Tegea, recoge las aguas de varios arroyos que descienden de aquellas altas cumbres.

Se habló durante el camino. ¿De qué se había de hablar? De terremotos, de desgracias y de recuerdos tristes. Vadeamos nuevamente el río, siguiendo aquella senda sembrada de lamentables episodios que nos iba narrando *Frasquito*, el arriero. Ya no se veía Arenas, quedaba atrás con sus ruinas y sus fúnebres recuerdos.

No habíamos andado media legua, cuando dimos vista al pueblo, colocado á lo alto de una colina, apareciendo á nuestros ojos la ennegrecida torre de Játar, que se cernía sobre un montón de casas. Játar poco ofrece de particular. Pueblo de unos 320 vecinos, de la jurisdicción de Alhama, dista seis leguas y media de la capital. Situado en el confin S. O. de la provincia, en la falda septentrional de Tegea, cordillera que le separa de la de Málaga, tiene unas 230 casas y fuentes de abundantes aguas. Su iglesia parroquial, consagrada á San Roque, es aneja de la de Arenas del Rey. El término, confina al N. con Arenas, E. Pinos del Rey, S. Canillas de Aceituno y Sedella, de la provincia de Málaga, O. con Alhama. Su terreno sumamente montuoso, le baña el río de Játar, cuyas aguas después de nutrirse en varios arroyos van á parar al Cacin. Los caminos son de herradura y muy malos. La correspondencia recibe de Alhama. Su principal producción: aceite, uvas, trigo, garbanzos, centeno, maíz, cebada, etc. Las principales trigo y maíz, cuyos sobrantes se exportan á la costa que dista seis leguas. Se cría en su término ganado lanar, cabrío y abunda la caza de perdices y conejos. Su principal industria la agricultura. Existen en la población algunos molinos harineros y de aceite.

Al entrar en el pueblo véanse en una planicie denominada las *Hazas del Corralón*, las obras que está construyendo la prensa de Barcelona, al lado de las *Eras* del pueblo, donde se levantan varias chozas de retama que ocupan los vecinos, que en la noche del 25 de Diciembre del 84, á causa del sacudimiento terrestre, se quedaron sin hogar que les preservara de la intemperie, cuyas riquezas desaparecieron en aquella noche tan llena de tristes recuerdos, pero la hidalga Cataluña que

llora siempre en las aflicciones de sus provincias hermanas, hizo correr en abundoso río la caridad á torrentes por sus yertos y desolados campos, prestando amparo á los infelices desheredados de la fortuna, para quienes levanta cómodos albergues.

Ya era tarde. Tras las nevadas cumbres de Sierra Tegea se ocultaba el astro del día. Sus postreros rayos daban rojizas tintas á la neblina que velaba el horizonte.

—¿Seguimos bien para ir á las obras que construye la prensa de Barcelona?—pregunté á la entrada del pueblo á un campesino que regresaba de la labor.

—Muy bien, caballero—contestó el buen hombre,—cuando lleguen á lo alto de la primera calle, doblen la esquina, subirán á las *Eras* y al lado está *Cataluña*.

—En *Cataluña* estoy trabajando—dicen los albañiles y el vecindario en masa.—Pues á *Cataluña* íbamos nosotros, donde esperábamos encontrar albergue en que guarecernos y el descanso que nuestros abatidos cuerpos necesitaban.

III

JÁTAR DE LOS CATALANES.—DATOS HISTÓRICOS.—LAS OBRAS DE LA PRENSA DE BARCELONA.—UNA COMISIÓN CIENTÍFICA.—SU ORIENTACIÓN Y CONDICIONES HIGIÉNICAS.—SOLIDEZ DE LAS CONSTRUCCIONES.—NOMENCLATURA DE SUS CALLES.—UN MODELO DE PUEBLOS.

Era la hora en que el día comienza á clarear cuando despertamos. A la ténue luz que daban los primeros resplandores de la aurora, pudimos ver que la nueva Játar ocupaba una extensa planicie limitada por barrancos y circundada por grandes colinas. La inmensa mole granítica de la Sierra arranca á unos pocos kilómetros del pueblo, y después de formar precipicios de gran profundidad, sigue su prolongación hasta el mar. El esfuerzo geológico que hizo surgir la gigantesca cordillera de Játar, separó completamente las hermosas provincias de Málaga y Granada.

No tiene Játar vias de comunicación que den fácil salida á sus productos agrícolas; el camino de Alhama es pésimo, el de Arenas una pedregosa senda, y el de Velez Málaga una estrecha vereda que sigue ondulando por la base de la Sierra. Játar en su origen fué una modesta alquería de los propios de Alhama. Se concedió por los Reyes Católicos á diez familias de Alhama con obligación de que fuesen á poblar su término y desmontasen aquel terreno inculto. Ello dá una idea de la tendencia colonizadora de aquellos ínclitos monarcas que tantos días de gloria dieron á la española tierra. Estos datos históricos sobre la fundación de Játar constan en la Carta Real de Concepción, que se guarda en el interesante archivo municipal de la ciudad de Alhama. El pueblo antiguo poco de notable encierra. La nave de la iglesia parroquial es mudejar, cuyo techo de igual gusto, es excelente. Su edificio, enteramente cuarteado por los terremotos, ha sido reconstruido por el arzobispo de Granada. La Comisaría régia ha llevado á cabo las reparacio-

nes de las casas particulares. En unas hazas próximas á las modernas construcciones, pueden verse un sin número de antiquísimas sepulturas cavadas en la viva peña, donde se encuentran huesos humanos y hasta algunos esqueletos completos. La vista de aquella antigua necrópolis, no dá lugar á la menor duda de que allí hubo de existir una población. ¡Son tantos los pueblos que desaparecieron de la faz de la tierra sin que hoy pueda darse razón de su historia! Las grandes catástrofes geológicas, las continuas guerras é invasiones, las vicisitudes del país, han borrado la huella de muchísimas ciudades.

Pero dejémonos de investigaciones históricas, y visitemos las obras de la prensa catalana que han sido objeto de nuestro viaje.

A la sazón, estaban terminadas 56 casas, faltando solamente á enlucir y á cubrir de aguas, los edificios Ayuntamiento y Escuelas públicas, situadas en la *plaza de Cataluña*, que tiene unos veinte metros cuadrados. El barrio de la prensa barcelonesa, recuerda al primer golpe de vista, la barriada del Puchet, de la villa de Gracia, con sus casas bajas, nuevas y del mismo gusto arquitectónico, con sus calles anchas y rectas. Hay construidas cuatro calles de seis metros de luz y una de ocho. Las casas constan de cocina, pasadizo y comedor con su chimenea, dos habitaciones dormitorios, corral, cuadra con su correspondiente pesebre, escusado y hogar para la cocina, depósitos para granero ó pajar donde se sube con escalera de madera, y patio de regulares dimensiones. No ha olvidado el arquitecto un detalle de imprescindible necesidad en esta tierra andaluza; á cada lado de la puerta, dos ventanas con sus respectivas rejas para *pelar* la clásica *pava*.

Las obras de albañilería y carpintería del todo terminadas, falta sólo la construcción de un *pósito* en las *Eras* del pueblo. La casa Ayuntamiento tiene en la planta baja dos salas; una con destino á Juzgado municipal y otra para Alcaldía y Secretaría, otros departamentos independientes para cárceles de ambos sexos, habitaciones para los alguaciles y patio. En el piso principal, con destino á salón de sesiones, hay un vasto local con balcones á la calle y cuarto para Archivo. El edificio Escuela, tiene departamentos para ambos sexos, habitaciones independientes para los profesores en el piso principal, y en los bajos, locales capaces para las clases.

Las paredes de todas las casas tienen un espesor de cincuenta centímetros; los muros de mampostería de las fachadas de cuarenta centímetros; los muros laterales y los de cerca, de ladrillo de quince centímetros de espesor. Las cubiertas de los edificios de tejas del país. Las fachadas ván rebocadas y remolinadas; los muros y tabiques interiores, rebocados y enlucidos; los muros de cerca blanqueados con cal por su interior. La obra de carpintería de pino rojo, no hay ninguna madera del país.

La piedra empleada en la construcción es *toba*, ó sea piedra caliza, debida al arrastre de las aguas, excelente por su dureza, adquiriéndola mayor en el transcurso del tiempo, recomendable por su poco peso y por lo que traba y liga las construcciones. La causa de que en Arenas del Rey se destruyeran más edificios con el fenómeno geológico, no es otra, que las peores condiciones de la piedra de sus construcciones; y en Alhama, porque la mayor parte de los edificios estaban formados de cajones de barro apisonado. El mortero empleado, de buena arena y cal de primera calidad en la prudente cantidad para su cristalización y perfecto labrado. La obra de ladrillería y tejas del país, bien cocidas y de excelentes condiciones.

La pintura que se está dando á las puertas y ventanas y la cristalería, son de alta conveniencia, la primera para la conservación de las maderas y para abrigo de las viviendas la segunda.

Se están colocando los árboles en la *plaza de Cataluña* y *calle de Barcelona*. Son hermosos cerezos, que aquí se aclimatan y arraigan con facilidad.

He visto que el maestro carpintero está construyendo dos grandes astas-banderas que han de coronar, según me dijo, los edificios públicos. La española ondeará en la Casa-Ayuntamiento, y la catalana ostentará las gloriosas barras de Vifredo, en el edificio Escuela. He echado de menos, los llamadores de las puertas, que según se me han dicho, llevarán el escudo de armas de Cataluña.

Al enterarme de la nomenclatura de las calles, me causó viva satisfacción y me llenó de legítimo orgullo pátrio, el saber que el barrio se llamaría de la «Prensa periódica asociada de Barcelona» colocándose á la entrada del mismo una lápida conmemorativa. La plaza se llamará de *Cataluña*; la calle más

ancha y principal, de *Barcelona*. Las tres restantes calles, de *Tarragona*, *Gerona* y *Lérida*, por haberse negado resueltamente los individuos de la Comisión á darlas sus nombres; rasgo de modestia que les honra sobremanera.

Un detalle. He podido observar que parte de los pavimentos de los edificios están baldosados y otros tienen los suelos de *hormigón* al estilo del país, hecho con mortero grueso apisonado, y otra capa de mortero fino, que le dá suma consistencia y mayor duración que la baldosa. Me he fijado en los corrales y cuadras, de primera necesidad en estos pueblos agrícolas, en cuyos pesebres tienen cómoda cabida una yunta de bueyes.

Está replantada la fuente pública que ha de colocarse en el centro de la *plaza de Cataluña*. Según el plano que tuve ocasión de ver, consistirá en dos abrevaderos para las caballerías, dos caños para el agua potable que ha de surtir al vecindario. En el centro llevará un gran risco y sobre él un pedestal con los escudos de Cataluña, coronando la fuente una estatua de un pescador catalán, de tamaño casi natural, con la típica *barretina*. Las aguas irán conducidas por una tubería de hierro de doscientos metros de longitud con su correspondiente depósito que active su presión.

Ha contrastado gratamente en mi ánimo, el ver que mientras en Arenas y en Alhama las nuevas construcciones se levantan á considerable distancia de la antigua población, donde quedaron en pié edificios que se conservarán y que se han restaurado, en Játar, el nuevo barrio de la prensa catalana, se construye á unos diez ó doce metros de las paredes del pueblo, quedando, no obstante, una estensa zona donde puede extenderse la nueva población. En Arenas y en Alhama, cree uno ver dos pueblos distintos. En Játar, se distingue sólo la población moderna, porque la mano del tiempo, ennegreciendo las paredes de las casas antiguas, hace que contrasten estas, con la frescura, con la belleza, con la blancura y la uniformidad del barrio de la prensa.

El Comisario régio, duque de Mandas, acompañado de una comisión científica española, presidida por el senador Dr. don Fernando de Castro, presidente del Instituto Geográfico y el ingeniero Sr. Cortazar, hijo del célebre matemático del mismo apellido, estudiaron, brújula en mano, la orientación y los grados de inclinación de la moderna Játar, conviniendo todos en

que el barrio de la prensa está orientado en el sitio en que los últimos adelantos científicos aconsejan la construcción de poblaciones en los países castigados por los terremotos.

En resúmen, debo decir, que el moderno barrio es un pequeño modelo de pueblos. En él se hallan perfectamente reunidos, todos los elementos constitutivos de una sociedad.

Higiene, la vida material, en sus calles anchurosas, rectas y llanas, en sus cómodas viviendas y escelentes aguas potables, en su orientación inmejorable; su oxígeno, en su atmósfera purísima y en sus nuevas plantaciones. Su riqueza pública ó *el alivio de los labradores*, en su Pósito ó *casa-panera*. Su vida moral, allí está; la enseñanza y la educación en sus escuelas de ambos sexos: la justicia, en el juzgado municipal y cárceles; la administración pública, en fin, en el municipio ó casa de la villa. Todos los elementos de un pueblo moderno están allí armónicamente reunidos. ¡Lástima que la iglesia parroquial, reedificada recientemente, no se hallase en el barrio, ó por lo menos una pequeña capilla. De este modo se verían representados en la Játar moderna todos los elementos de un pueblo ó de una sociedad.

Tal es la nueva población, que en Játar ha levantado la caridad de los catalanes.

Voy á terminar estas desaliñadas líneas, con las siguientes frases, que salidas del corazón de aquel agradecido pueblo, se consignaron en un cartel, que se ostentaba durante los terremotos en la choza-oratorio que se levantó en las *Eras* del pueblo ¡BENDECID, SEÑOR, Á CATALUÑA!

IV

SALIDA DE JÁ TAR.—EL TEJAR DE LA PUENTE.—UN ALGIBE ÁRABE.—EL NAVAZO DE SAN PEDRO.—PEQUEÑO MUSEO.—UN SANTUARIO.—EL CORRAL DE CABRAS.—DOS PALABRAS DE GEOLOGÍA.—EN LA LOMA DE VILLARRASO Y CERRO DE ENCISO.—UN ÁRBOL SECULAR.—VUELTA AL NAVAZO.—OSCILACIÓN TERRESTRE.

Era el día 20 de marzo. La luz del nuevo día nos despertó. Antes de marchar de Já tar, no pude resistir al deseo de hacer una excursión por las campiñas vecinas, tan llenas de escabrosidades y de pintorescos puntos de vista. Propuse mi plan al amigo Mascaró y se aprobó por *unanimidad*. Era un bello día de primavera; el cielo sereno y azul nos convidaba á dicho viaje.

Bebimos un poco del rico anisado de Badalona para dar vigor á nuestros estómagos y mientras aparejaban nuestros mulos, nos fuimos á visitar en su choza al doctor Branchat (don Salvador), dignísimo representante de la prensa catalana, al objeto de que nos acompañara en nuestro viaje. Con sentimiento pudimos allí enterarnos por nuestros propios ojos, que el ilustrado sacerdote, canónigo de Tarragona enfermo hace mucho tiempo, viene sufriendo una penosa parálisis que le impedía complacernos. Y lo sentimos: el doctor Branchat conocedor del país, donde tiene una excelente finca, es persona agradabilísima y posee un verdadero corazón de artista. Nos despedimos de nuestro ilustrado amigo, quien con su proverbial galantería nos rogó visitáramos su finca del Navazo, situada en una campiña sumamente pintoresca y donde encontraríamos cómodo albergue y cariñosa acogida.

Media hora despues salimos de Já tar por el camino de Alhama acompañados de un guía, al paso de nuestros respectivos mulos muy prácticos en aquellos caminos. Despues de andar un buen trecho por entre estensos bancales artificiales, poblados de corpulentos olivos, llegamos al *Tejar de la Puente* don-

de se fabrican los ladrillos y tejas para las obras que está construyendo la prensa asociada de Barcelona. Los rojizos terrenos de los alrededores que en la citada obra emplea el fabricante, son de excelente calidad.

Abandonamos el camino de Alhama para tomar una estrecha vereda, hasta salvar una pequeña colina desde donde se ofreció á nuestros ojos un bello panorama; un estenso horizonte poblado de robles y encinares, en medio de los cuales levanta sus blancas paredes el *Navazo de San Pedro*, cuya entrada vela algun tanto una vistosa cortina de árboles. A medida que íbamos adelantando, se destacaba mas claramente la blanca y gigantesca sierra Tegea, en aquel cielo azulado y sereno.

Al pié de aquella inmensa mole de granito, que ocultaba á nuestros ojos la provincia de Málaga, se asienta la hermosa heredad de los Sres. de Branchat. Por debajo de grandes parrales entramos en el *Navazo*, recientemente restaurado de los desperfectos causados por los terremotos. Allí dejamos nuestras caballerías. En el piso principal de aquel caserío, tiene el Dr. Branchat un pequeño y curioso museo de fósiles, cristalizaciones muy caprichosas, hachas celtas, vejetaciones pétreas y varias especies minerológicas recogidas en aquellos contornos. Allí se vé una provista biblioteca compuesta de varios volúmenes referentes á la carrera eclesiástica y no pocos libros de ciencia y literatura. En otra pieza inmediata tiene el doctor Branchat (D. Rafael), hermano de D. Salvador y distinguido catedrático de la Universidad de Granada, una bella colección de armas, arreos é instrumentos de caza.

La amable casera nos invitó á que pasáramos á la capilla-oratorio, construida en 1600, donde pudimos ver la antigua imágen de un Cristo, al que tienen ferviente devoción los habitantes de aquellos alrededores. ¡Sienta bien en aquellas desiertas soledades aquel pequeño santuario, que convida al alma á la oración abstrayéndola de toda idea mundana!

Allí puede admirarse un hermoso cuadro de escuela granadina, que se cree debido al pincel inimitable del insigne Alonso Cano, fundador de dicha Escuela.

Despues de probar algunos dulces y sorber algunas copas, con que nos obsequió la casera, salimos del *Navazo*, á cuyas inmediaciones se levantan dos grandes chozas de retama que sirvieron de albergue á sus moradores en los infaustos días de los terremotos.

Vimos á unos setenta metros del caserío, un algibe árabe que todavía conserva algunos arcos, restos de la antigua bóveda. Sirve hoy de abrevadero y de donde se toma el agua que surte á los moradores del *Navazo*, que por cierto es rica, fresquísima y cristalina. Es un abundante nacimiento, especie de pozo artesiano, cuyo caudal ha aumentado considerablemente desde los últimos terremotos.

Visitamos un corral de cabras, que por su exterior nada ofrece de particular, pero apenas se entra, vése su suelo formado por un enorme banco de arena petrificada, que contiene un hermoso conglomerado de grandes ostras reducidas al estado fósil. Es un verdadero museo digno de ser visitado.

Desde allí nos encaminamos á la *loma de Villarraso* y *cerro de Enciso*, encumbrados montes, en cuyas cúspides, examinando atentamente, se encuentran diversas especies fósiles á cada paso, ostras, preciosas conchas de peregrino, é innumerables de pequeñas, algunos restos de estrellas de mar y abundantes geodas. Del espresado cerro se han recogido recientemente diversas especies fósiles, con destino al Museo que en Granada está formando el doctor Rodríguez Avila, en el colegio de Jesús Nazareno.

En aquel cerro, ante aquellas maravillas de la naturaleza y á la vista de aquellas escarpadas montañas, formadas de desnudas y gigantescas rocas que levantan sus atrevidas cabezas, que resistieron las terribles sacudidas de la tierra, se piensa en la geología y en los grandes cataclismos que presidieron á la formación de la tierra.

La *loma de Villarraso* tiene la forma de un enorme buque invertido y presenta grandes *fallas* y profundos sumideros, que abrieron sus misteriosas bocas desde aquel movimiento terrestre, y reciben las aguas de aquellas alturas. En dicha sierra se encontró hace años un precioso *penate*, que el doctor Branchat conserva y tiene en gran estima, figura mitológica de piedra de granito, de unas dos pulgadas de altura, distinguiéndose todavía el orificio de la barra el día de la dedicación. También se han hallado en aquellos sitios varias hachas celtas de piedra bruñida, que he tenido ocasión de ver, y que los hijos del país llaman *pedras de rayo*, á las grandes, y *centellas*, á las pequeñas.

Salimos de aquellas cumbres gratamente impresionados y *Frasco* Martín, que así se llama el guía, hombre inteligente y

conocedor del terreno, de 72 años de edad, pero que conserva la agilidad de sus mejores días, pelo cano, mirada penetrante, alegre, decididor é incansable, nos invitó á que pasáramos á ver un árbol secular que se levanta en medio de un bosque de encinas. Es una gigantesca variedad cuyo tronco mide cincuenta palmos de espesor, conocido en el país con el nombre *quejiho*. Aquel árbol era el Rey, el Señor de aquellas solitarias selvas. El gigante extendía sus nervudos y enormes brazos como desafiando el tiempo y las generaciones. Testigo mudo de pasadas centurias, ha contemplado impávido las grandes catástrofes geológicas y á su ancha copa han encontrado los árabes guerreros, jadeantes, cansados de sus correrías el descanso que les brindára su plácida sombra.

En el corazón presenta el titán de los bosques un anchuroso hueco donde caben cómodamente dos ó tres personas.

—Hé aquí una segura guarida para *Melgares* y el *Visco*—dijo nuestro buen *Cicerone* con su proverbial gracejo.

—Quién sabe, quién sabe, si en el corazón de este monstruoso árbol, lograron alguna vez los dos *compadres* burlar las pesquisas de sus perseguidores.

Al pié de la centenaria encina tomamos un frugal alimento. Aquella agreste soledad embriagaba y convidaba á la meditación y al estudio. Rendidos sin embargo de las fatigas de tan accidentado viaje, necesitábamos descanso, y tomando una vereda á cuyo pié serpentean cristalinos arroyuelos, nos encaminamos al *Navazo de San Pedro*, donde después de una cena que hallamos exquisita, hundimos nuestros cansados cuerpos en los blandos colchones, con la idea fija de proseguir el siguiente día nuestra excursión por los *Nacimientos de Potril*, el barranco de *Valdeinfierno* y la *Cueva de la moneda*. En sueños, la imaginación nos presentaba ya con todos sus detalles la fantástica decoración de aquellos pintorescos sitios que hábilmente nos había descrito *Frasco* durante la cena.

No hacía una hora que nos habíamos acostado, cuando nos despertó un rumor sordo y misterioso. El suelo se estremeció, las puertas crugieron y el pavimento osciló.

—¿Qué es esto? pregunté al amigo *Mascaró*, levantándome de la cama.

—Nada, no es nada, señores, contestó el guía, desde una habitación inmediata. Esto es poca cosa, por lo que estamos

acostumbrados; terremotos como éste nos han alegrado en tiempo de sequía, pues la lluvia suele suceder á los temblores.

Pues, ni me tranquilizó *Frasco* con su impasibilidad, ni me alegró lo de la *lluvia* que contrariaba nuestra excursión. Mascará, proseguía entregado á un profundo sueño sin haberse dado cuenta del *bailotéo*. Por mas que hice esfuerzos por no dormirme, temiendo se repitiéra el fenómeno, al fin el cansancio pudo mas que el miedo y concilié el sueño.

V

EN MARCHA.—LOS NACIMIENTOS DE POTRIL.—LA CRUZ DE INFANTES.—EL BARRANCO DE VALDEINFIERNO.—EL DOCTOR TARAMELLI.—UN BRINDIS.—LA CUEVA DE LA MONEDA.—LA COSTA DE MÁLAGA.—EL BARRANCO DE MUSTAJAR.—UN ÁGUILA REAL.—LAS HUELLAS DE LOS TERREMOTOS—LA CHOZA DEL MIERERO.—EL REGRESO.

Al despertar de la naturaleza abandonamos nuestro lecho. La alondra saludaba la salida del astro rey que matizaba de rojizas tintas el horizonte. Después de tomar nuestro desayuno, al aviso de *Frasco*, nos pusimos en marcha por la vereda que atraviesa la *cañada de Plines*, propiedad del marqués de la *Peña de los enamorados*. (1).

Por una senda tortuosa y por una cuesta llena de dificultades, se desciende á los nacimientos llamados de *Potril*, dó crecen chaparros y arbustos, viéndose enfrente algunos viejos alcornoques ya desnudos del corcho, que asemejan una tribu de gigantes, desnudos de epidermis y ostentando la rigidez de sus músculos, que recuerdan al excursionista asuntos de la «Divina Comedia». Allí están las fuentes del rio *Marchán*. De entre las desnudas rocas salen las aguas formando blancas y caprichosas trenzas que se desatan en lluvia de perlas. Lo salvaje del sitio, los reflejos de las aguas, las espumas, la vegetación exuberante, forma á sus piés verde y mullida alfombra. Todo es allí belleza, frescura y poesía. Fecunda ha estado la naturaleza en el expresado sitio; aquello es una maravilla que no puede concebir la mente más soñadora.

Más de media hora permanecemos absortos, contemplando á nuestras plantas espumosos arroyos que lanzan armoniosas notas, al estrellarse con las desnudas rocas. Parece que las cristalinas aguas en sus remolinos exhalan gritos de alegría al sa-

(1) De Antequera, que recuerda una bella tradición.

lir por vez primera de la oscura cárcel de granito y ver la brillante luz de un sol esplendoroso.

Aquellos manantiales se llaman del *Potril*, porque antiguamente eran aquellos los sitios predilectos dó los ganaderos del país llevaban á pastar el ganado caballar.

—Vamos á *Valdeinfierno*, caballeros,—dijo el guía—al sitio de *querencia* de águilas, lobos y otras alimañas—añadió el inteligente *Frasco*. Con sentimiento abandonamos aquel pintoresco sitio y por una senda escarpada y triste que comienza á preparar el ánimo para las emociones que nos aguardaban en el barranco de *Valdeinfierno*, trepamos por una peligrosa cuesta y no sin trabajo llegamos á una extensa esplanada, desde donde se ofreció á nuestros ojos una grandiosa cruz de piedra que se levanta sobre un pedestal de roca.

Era la *Cruz de Infantes*, que recuerda una curiosa é interesante leyenda, un sangriento episodio de la guerra de la Independencia, en cuya época los habitantes de aquellos pueblos dieron repetidas muestras de su valor indomable combatiendo contra las aguerridas huestes del coloso de Europa.

El buen guía se descubrió ante la veneranda cruz y nosotros hicimos lo mismo. Aquellas escarpadas montañas formidables trincheras naturales, cerrando el paso al enemigo para la provincia de Málaga, fueron teatro de hechos gloriosísimos para la española tierra.

Nos hallábamos ya en el barranco de *Valdeinfierno*, inmensa quebrada que separa la sierra Tegea de la de Játar, á la sazón envueltas en blanca sábana de nieve. El sitio no puede ser más salvaje. Impresiona grandemente el imponente aspecto con que la naturaleza allí se presenta. Peñones aislados, elevadas cumbres formadas en su totalidad de rocas, levantan sus desiguales picos, presentando cavernas á dó conducen estrechos senderos, caminos de palomas hechos por la naturaleza verdaderamente impracticables. Véanse allí huellas de los terremotos; enormes rocas desprendidas de las altas cumbres; inmensos tajos desmoronados al rudo choque de la sacudida terrestre.

El mismo terreno, proyectaba sobre aquel barranco una extensa sombra: ni el más leve soplo de viento se oía en aquella hondanada. Allí, en medio de aquel silencio profundo, interrumpido sólo por el sordo murmullo lejano de los arroyos,

oyóse un estridente silbido; era una monstruosa águila real que cruzó el espacio batiendo sus pardas alas sobre nuestras cabezas.

Allí pude enterarme de que el sábio italiano doctor Taramelli, rector de la Universidad de Pavía, que vino á hacer investigaciones y estudios sobre los terremotos, visitó también el grandioso é imponente barranco, obteniendo por sus propias manos un exacto dibujo de aquella agreste hondanada, cuya minuciosa descripción publicó en sus Preliminares ó sea *Viaggio nelle Regioni Spagna colpita dagli ultimi terremoti*, editado en Roma.

Nos sentamos junto á un arroyo.

En este sitio—dijo *Frasco* Martín—nos sentamos con don Rafael y un *franchute*. Por cierto, que el diablo que le entendiera, añadió el guía.

—A propósito—prosiguió Mascaró—conozco la historia de este viaje.

Mi paisano fué refiriéndonos, que poco después de los terremotos, llegó á Játar una comisión científica italiana compuesta por los doctores Mercalli y Taramelli. El primero quiso visitar las ruinas de Arenas, y Taramelli proyectó una excursión al barranco dó nos hallábamos. A la sazón se encontraba en Játar el doctor Branchat (D. Rafael) quien enterado de que estaba allí el Rector de la Universidad de Pavía como catedrático de la de Granada, se creyó en el deber de ofrecer sus respetos al sábio italiano, dándole hospitalidad en la choza de su señor hermano y acompañarle en aquella excursión. El doctor Taramelli agradeció profundamente tan galante ofrecimiento y se alegró sobremanera de haber encontrado allí tan ilustrado *cicerone* que fuera partícipe de sus estudios y científicas aficiones.

Llegaron á *Valdeinfierno* y el Dr. Branchat, llevado de su galantería, brindó á Taramelli con una copa de anís por su célebre compatriota Estopanni, autor de la teoría de las *fuerzas endógenas*. Oír el brindis, demudar el color, estrecharle en sus brazos y llorar de satisfacción, fué obra de un instante.

—Habeis nombrado lo que hay para mi más grande, más respetable, más sagrado: mi padre, mi maestro, mi guía. A él debo lo que sé y cuanto soy.—¡Qué hermoso es para mi oír de labios españoles resonar el nombre de Estopanni, en estos salvajes sitios, en este Museo geológico!

—Y lloraba—dijo *Frasco*—como un muchacho el extranjero. Pero, basta de lágrimas, tomemos un trago y continuemos nuestro viaje, que el día no entiende de estas *músicas* y corre como si fuera *juyendo* de la justicia.

Tenía razón el guía, y siguiendo su consejo, emprendimos la marcha por una peligrosa cuesta, que bordea precipicios sin fondo. Trepando de roca en roca y aprovechando senderos formados por las cabras, tras mil fatigas, y descansando á cada instante para tomar aliento, oímos la voz del guía que nos dijo:

—Ya estamos en la cueva de la *Monea*.—Ahora solo faltaba que estuviera *ocupada* por algunos caballeros.....

Miramos en todas partes y no se veía tal cueva, cuando *Frasco*, separando unas matas, nos enseñó un pequeño agujero que dijo ser la entrada de la caverna. Como un reptil se introdujo en ella y encendiendo un manojo de matas secas, nos brindó á pasar.

Mucho me gusta sorprender los misteriosos arcanos de la naturaleza; mucho me halagaba la idea de poder escudriñar las entrañas de la tierra, pero la noticia de que aquella caverna era con frecuencia refugio de *malhechores*, no era para tranquilizar.

Entramos, sin embargo, para buscar nuevas emociones que compensaran las fatigas de la ascensión.

A la luz de una mata encendida, penetramos con dificultad por el angosto agujero, pudiendo ver en el pavimento de la primera habitación, ovalada, de unas ocho varas de diámetro, huellas recientes de la humana planta, cenizas, troncos carbonizados, huesos de animales y restos de alimentos. A la vista, se nos ofreció, al interior de la misteriosa caverna, una roca que asemeja una estatua egipcia, una matrona, por cuyos hombros se trepa para subir al segundo piso de la cueva. Allí la mente se traslada á las épocas prehistóricas, la imaginación exaltada vé surgir de lo profundo de la cueva, al hombre *cuaternario*, al oso de las cavernas. Sus paredes están formadas de rocas, peñascos que asemejan mónstruos y animales mitológicos. La escasez de luz dá un aspecto tétrico á aquel recinto. En el techo, pudimos admirar caprichosas concreciones, preciosas estalactitas, y brillantes cristalizaciones de mil formas, donde reflejaba la luz. Véanse algunas enormes estalactitas que

presentan el aspecto de columnas bizantinas. En el seno de aquella caverna, se concibe todo lo grande, lo bello, lo sublime de la creación misteriosa. Aquel palacio encantado, aquella maravilla de la naturaleza, ayer albergue de *trogloditas*, hoy refugio de malhechores y fugitivos.

Pasamos largo rato en su exploración, pero nuestros pulmones necesitaban oxígeno; faltaba aire para respirar.

Al salir de la cueva, nos detuvimos al pié de la misma, en lo alto de la cuesta, desde donde se descubre una extensión considerable. No pudiendo resistir al deseo de llegar á la cumbre de aquella montaña, trepamos no sin grandes dificultades por un promontorio que se levantaba junto á nosotros. Con grandes trabajos emprendimos la ascensión, teniendo constantemente que agarrarnos de las rocas. Al poco rato tropezamos con un gran tajo, sitio sumamente expuesto. Un pequeño movimiento, un vahido, un resbalón, significaba la muerte segura. Cerré un momento los ojos para librarme del vértigo, y dando un pequeño rodeo salimos de aquel peligroso sitio, sintiendo caer las piedras que nuestros piés removían, á profundidades inmensas. Seguimos subiendo por una pequeña vereda, que á la izquierda tiene una muralla de pedernal y á la derecha un abismo. Después de hallarnos sin peligros inminentes que nos cercáran, examinamos la estrecha senda recorrida y nos horrorizamos.

Por fin trepamos la ansiada cumbre para contemplar allí los montes y valles desde el cielo. Al ver el paisaje que á nuestros piés se ofrecía, no pudimos contener una exclamación de asombro. El horizonte estaba despejado y puro. Esto era cuanto deseábamos.

Allá, al mediodía, confundiéndose con el cielo, la azulada faja del Mediterráneo, do se veían surcar cual blancas gaviotas, numerosas embarcaciones. A nuestros piés, varias cordilleras, en muchos puntos interrumpidas por barrancos; montes encumbrados y peñascos gigantescos, los veíamos cual pigmeos á nuestras plantas. Inmensas llanuras cuajadas de blancos caseríos y de pintorescas poblaciones de la costa. Allá al horizonte, en último término, como pequeñas nubes, las cenicientas montañas de la vecina Africa.

Las emociones que allí se experimentan, compensan con creces las fatigas del penoso viaje. ¡Nunca espectáculo más

hermoso se ha ofrecido á los ojos del hombre! Más de una hora permanecimos absortos contemplando aquellos bellísimos paisajes, cuando nuestro guía, dando una mirada al sol, su reloj predilecto, nos dijo que eran las cuatro de la tarde.

Mascaró consultó su cronómetro, y se equivocaba *Frasco* de *siete* minutos. ¡Quién sabe si se equivocaba el cronómetro!

Dirigimos una última mirada de despedida, á aquella azulada faja que separa ambos continentes.

—Vamos *campo atraviesa*, que la noche se nos vendría encima á la mitad del camino—dijo *Frasco*—Y salvando barrancos en cuyo fondo rugen las aguas, cuestras desde donde se observan hermosas perspectivas, sin más vegetación que el abundante *lastón*, especie de esparto que cubre las rocas, llegamos á una estrecha hondanada, donde habían hecho grandes estragos los terremotos.

—Ahí tienen ustedes el barranco de *Mustajar*,—nos dijo el guía. Si bien nos halagó el árabe sabor del nombre de aquel barranco, el recuerdo del *temblor* de la noche anterior, nos hizo alejar precipitadamente de aquel sitio, donde gigantescas peñas desprendidas, amenazan desplomarse.

Frasco desgajó con los piés una enorme piedra que fué rodando hasta el profundo barranco. A su ruido, vimos salir á tiro de bala, como alma que lleva el diablo, por aquellos despeñaderos, dos hermosas cabras monteses de largos y torneados cuernos.

Cruzamos una ancha meseta, por una senda que nos trajo á un hermoso nacimiento del *Pozuelo bajo*. Allí, en aquellos manantiales cristalinos, nos detuvimos para descansar y tomar algún alimento. Las aguas, en caprichosos remolinos, bajan al torrente que serpentéa al pié de la sierra. Nos sentamos á la redonda sobre las piedras. *Frasco* sacó de sus alforjas, naranjas, queso de Gruyere, salchichón de Vich y una bota de vino de las excelentes bodegas del Molino del Rey, propiedad de lord Wellington. El viaje excitó extraordinariamente nuestro apetito, dando cuenta al poco rato de nuestras provisiones, que nos parecieron el manjar de los dioses.

Era ya tarde, y abandonamos al terminar la merienda aquellos frescos y poéticos sitios. Visitamos la *choza del Mierero*, nombre que se le dá por haber habitado en la antigüedad en ella, un fabricante de *miera*, producto vegetal de probadas vir-

tudes medicinales, que se extrae del enebro y se elabora por el mismo procedimiento que el alcohol. Excelente parasitocida, se utiliza para la curación del *acarus scabiei* (sarna) y otras enfermedades cutáneas de los ganados.

A los 200 metros del *Mierero*, en una extensa planicie, pudimos ver una hermosa yeguada que guardaban enormes mastines con sus corbatines de hierro de aceradas puntas, que vinieron á darnos el consabido saludo.

Los ganaderos vestían su traje de piel de oveja y sombrero del país, zurrón, honda de esparto y escopeta de pistón. A pocos pasos de aquel sitio vése un gran *sumidero* que recoge el agua de aquellos arroyos, y descendiendo sin cesar, se encuentran enfrente unos pardos montes de pinares, propiedad del marqués de Campotejar, príncipe de Palavizzini y dueño del Generalife.

Llegamos á los *Morrones de las cuevas de Ocaña*, dos pequeños promontorios, junto á los cuales aparecieron, á consecuencia de los terremotos, salidas de fétidos gases ó *fumarolas* con la particularidad de aumentar notablemente la temperatura de aquella zona, estudiada prolijamente por todos los geólogos y comisiones científicas que aquí vinieron á raíz de aquella catástrofe.

El sol iba á ocultarse. En el horizonte se extendían las rojas fajas del crepúsculo. A esa luz tenue y agradable, á esas silenciosas horas, oíanse las esquilas de los ganados que regresaban á sus rediles. A los pocos pasos pudimos ver un grandioso rebaño de blancas ovejas que se introducía en el viejo corral de *Caliche*. De bancal en bancal fuimos siguiendo por extensos olivares y llegamos á Játar con las primeras sombras de la noche.

VI

LA FUENTE DE DOÑA ANA.—CAPILLA GÓTICA NATURAL.—VEGETACIONES PÉTREAS.—DESPEDIDA DE JÁTAR.—¡VIVA CATALUÑA!.—EL VALL DE JÁTAR.—LA CUEVA DE LA ARENILLA.—LOS NUEVOS LAGOS.—EL SIGNO DE LA REDENCIÓN.—LA ERMITA DE LOS ÁNGELES.—LA TUMBA DEL GENERAL HOYOS.—EL VOTO DE LOS SERENOS.—EL SALTO DEL CABALLO.—LAS CRUCES DEL CAMINO.—EN ALHAMA.—EL ÚLTIMO CADÁVER.

Antes de abandonar el pueblo de Játar quisimos hacer una visita á la fuente de Doña Ana, que brota en un delicioso paraje, situado al pié de la colina donde se levanta el pueblo. Dispusimos se nos preparára un modesto almuerzo, y allí nos dirigimos con ánimo de comer en aquel pintoresco sitio, cuyas aguas puras y cristalinas, tanto nos habian celebrado durante nuestra estancia en Játar. Subimos una cuesta que nos condujo á un molino harinero propiedad del señor alcalde de Játar, completamente destruido por los terremotos. Allí pudimos enterarnos de que una infeliz mujer sucumbió entre sus escombros en aquella noche terrible, y de que el alcalde y toda su familia fueron extraídos de entre las ruinas, con varias heridas. La belleza de aquel agreste y delicioso sitio formaba poco grato contraste con aquel montón de escombros que tan tristes recuerdos evocaba.

Nos hallábamos en la fuente de *Doña Ana*, que brota junto á un riachuelo, que recoge todas las aguas de Játar para llevarlas á Arenas del Rey. Una hermosa alameda rodeada de frondosas huertas, nos ofrecía sus deliciosas brisas y gratos sombrajes. A nuestros piés se extendía una túpida alfombra de verde césped, de innumerables berros y blancas violetas. Nos embriagaban ciertamente las suaves emanaciones de las flores silvestres, el armonioso murmurio de los arroyos y el dulce trinar de los parleros pajarillos. Cerca de la fuente existen deliciosos parajes de descanso y de recreo. Tomando asiento alrededor de

una roca que nos sirvió de rústica mesa, almorzamos. Los habitantes de Játar y de aquellos contornos, tienen gran predilección á aquel pintoresco sitio que se vé sumamente frecuentado.

Terminado el almuerzo, visitamos un tajo inmediato al molino arruinado, en el sitio denominado el *Vergél*, poético nombre que le cuadra perfectamente. Allí, en aquel elevado tajo de piedra *toba*, pudimos admirar una maravillosa cueva. Era una capilla natural, abierta en la misma peña, como de unos tres cuartos de altura, que á la primera impresión nos pareció una capilla gótica, cuya hermosa y ojival entrada, labrada por la mano del gran Artista de la Naturaleza, no tenía ciertamente nada que envidiar á la bella esbeltéz de la catedral de Burgos ó á la de Milán. Era una hermosa portada gótica, una catedral en miniatura, donde sólo faltaba que se destacara la veneranda imágen de una Virgen, para aumentar la mística belleza de aquella cueva. Alrededor de la gótica capilla pudimos ver multitud de caprichosas incrustaciones de hojas de todo género admirablemente conservadas, pudiéndose ver perfectamente sus nervios y venillas y todos sus más minuciosos detalles; raíces petrificadas que asemejan tuberías ó cañerías de varios tamaños. Es curioso el exámen de aquellas hermosas vegetaciones pétreas.

Abandonamos aquellos sitios y por estrecho camino que cruza unos bancales de olivos, llegamos á Játar, donde nos despedimos de las autoridades y de nuestro ilustrado amigo el doctor Branchat.

Dimos el último paseo por el hermoso barrio de la prensa de Barcelona, cuyos nuevos edificios tan gratos recuerdos evocaban. ¡Parecía como que el susurro de las brisas de la gigantesca sierra, que azotan las paredes del precioso barrio, y el murmurio de los arroyos que serpentean al pié del moderno pueblo, cantan un himno de entusiasta agradecimiento á la caritativa Cataluña!

Si orgullo he tenido siempre de haber visto la luz primera al pié del gigante é histórico Montserrat, allí al pié de aquella sierra no menos gigantesca y legendaria, en medio de la plaza de *Cataluña*, me sentí lleno de satisfacción vivísima, por pertenecer á un pueblo, que así corre á dar su sangre generosa para salvar la honra de la pátria, como presurosa acude al alivio de sus hermanos en las grandes aflicciones; ¡que así practica las virtudes del patriotismo, como la santa virtud de la caridad!

Salimos del pueblo dando un *¡viva Játar!* que fué contestado con *¡vivas á Cataluña!* por un grupo de labradores y albañiles jatareños que nos despidieron en las *Eras*. Pasamos por las viejas paredes de las casas reconstruidas, tomamos el camino de Alhama y desde una altura dimos la última mirada al barrio de la Prensa. Prosiguiendo nuestro camino llegamos á la *Vall de Játar*, inmensa llanura de legua y media de extensión, donde se ven las oscuras paredes de algunos cortijos, cuyo horizonte cierra una hermosa cordillera de montañas. Bajamos la *Cuesta de la Hoz*, donde vimos á la derecha, un inmenso bosque de almendros, á la sazón cubiertos de su blanca y nacarada flor, y á la izquierda unas extensas y frondosas huertas de árboles frutales. ¡Nada más bello que aquellas huertas bañadas por el esplendente sol de un hermoso día de primavera!

En un tajo formado de arena petrificada que se levanta junto al camino, vimos la *Cueva de la Arenilla* destruida por los terremotos. Bajo sus sombrías bóvedas encontraban asilo los labradores en las tormentas y hospitalidad los mendigos y pasajeros, que no tienen hoy *hôtel* donde guarecerse cuando la oscura noche les sorprende en el camino.

No habíamos andado un cuarto de legua, cuando nos hallamos frente dos inmensos lagos de considerable extensión y profundidad, que sirven de refugio á un prodigioso número de truchas. Limitados por gigantescos tajos que parecen cortados á pico y cuyos peñascos, desprendidos de las altas cumbres en la terrible catástrofe geológica, detuvieron allí el curso de las aguas, donde se remansa el río, formando aquella laguna navegable por una pequeña embarcación. En medio del agua, sobre un peñasco que le sirve de pedestal, se destaca una *Cruz de piedra*. Al ver el signo de nuestra redención, que cariñosamente besan las aguas del río, creí encontrarme en las orillas del Jordán, presenciando alguno de aquellos santos pasajes de la *Escritura Sagrada*.

—Este es el río *Marchán*—nos dijo el guía.

—Pues si no es el *Jordán*, tiene sus mismas sílabas y el mismo consonante—dije para mis adentros.

Al secarse los nacimientos de *Potril*, al cortarse, en su consecuencia, las aguas del *Marchán*, durante los terremotos, por espacio de algunos días, aparecieron aquellos lagos casi

secos y sobre la arena innumerables truchas. A pesar de que estas especies fluviátiles son muy estimadas por su sabor exquisito, no se atrevieron aquellos campesinos á comerlas, temiendo que á causa de los terremotos estuviesen *envenenadas*.

De peñasco en peñasco, de los que se desgajaron de las altas cumbres cuando aquel horrible fenómeno, pudimos llegar á la solitaria *ermita de los Angeles*, que se encuentra en el camino de Alhama, á unos ochenta metros de los lagos. Dicha ermita, abierta en la misma roca, está colocada debajo de inclinadas peñas, desmoronadas de la montaña vecina. En su interior se vé hoy un modesto altar con un nicho. Su entrada está algo obstruida por peñascos enormes que allí rodaron cuando los terremotos. En este santuario se celebraba antes de aquellos fenómenos, el sacrificio de la misa y otras ceremonias religiosas, lo mismo que en otra ermita inmediata de *Nuestra Señora de la Peña*. Los místicos psalmos de los sacerdotes, resonando en aquella bóveda de granito, se unían á los cánticos del río que á sus piés se desliza. A espaldas del altar, se encuentra otra inmensa gruta, donde descansan los restos del general de Marina Sr. Hoyos, fallecido en los baños de Alhama. No se puede buscar una tumba más severa y solitaria. ¡Digna del que en vida luchó con los fieros elementos desatados!

De noche, antes de los terremotos, los arrieros que cruzaban el camino, se detenían delante de la ermita alumbrada por la pálida luz de una lámpara, mojaban sus dedos en la pequeña pila de agua bendita, se persignaban y dejaban caer una moneda de cobre en el plato de latón que había en el pavimento, dó se recogían abundantes limosnas.

Orlan el camino de la solitaria ermita abiertas bocas del profundo barranco que sigue las ondulaciones del río hasta llegar á Alhama. Se mira al cielo y se ve una faja azul limitada por los tajos. Al salir del pequeño santuario, *Frasco*, el inteligente guía, nos contó un curioso hecho histórico ocurrido á la siguiente noche de los terremotos, que después en Alhama vimos comprobado. Hay que advertir que *Frasco* era un excelente guía; *Frasco* lo sabía todo, y todo lo explicaba con minuciosos detalles. Ya dijimos que era un labrador instruido. Bajo la corteza ruda de aquel campesino, se veían los destellos del hombre de talento. Gran narrador de tradiciones y anécdotas, había pasado su juventud leyendo historias.

Empezó, pues, *Frasco* á contarnos el hecho ocurrido en aquella ermita la horrorosa noche del 26 de Diciembre de 1884 y le escuchamos todos con placer y religioso silencio. Contó que después del horrible terremoto, se encaminó á Alhama al objeto de que en su hospital le curáran una herida que le causó en la cabeza el hundimiento de la casa que habitaba. Llegó á Alhama en el momento en que los serenos de la ciudad llegaron jadeantes, cansados, temblorosos y pálidos, con la imagen de la *Virgen de los Angeles* que se veneraba en aquella solitaria ermita. Con el terror retratado en el semblante, refirieron los serenos lo que les había ocurrido en la capilla.

Al saber que la Virgen había quedado entre aquellos enormes tajos, salieron en su busca aquella oscura noche. Sin el menor incidente llegaron á la ermita, entraron en ella, subieron al altar para llevarse á la imagen, cuando un terrible terremoto hizo crujir las paredes de la cueva. A las primeras sacudidas de la tierra seguidas de un sordo rumor que retumbaba por los barrancos de aquellos solitarios sitios, se desprendieron enormes rocas que fueron á caer al pié del santuario. El espectáculo de aquella escena horrible, en medio de la noche oscura y rodeados de inmensos tajos que chocaban unos con otros, produciendo un siniestro ruido, les llenó ciertamente de terror. Se abrazaron entonces á la Virgen, ofreciéndole en aquel momento una misa, si salían con vida de aquellos sitios. Dejó de trepidar la tierra, pasaron las oscilaciones, y arrodillados rezaron en acción de gracias una salve á la Virgen. Repuesto algún tanto el ánimo de los serenos, se llevaron la imagen, llegaron á Alhama, entregaron la Virgen á las religiosas hermanas Mercenarias, encargadas del hospital de sangre. Al hacer la entrega de la Virgen, pusieron una moneda de cinco pesetas en las manos del capellán del convento. Rehusó el sacerdote tomar dicha cantidad. Entonces refirieron los serenos la pavorosa escena de la cueva de la Virgen y el voto que allí hicieron de celebrar una misa á aquella imagen.

En el portal de la Casa Ayuntamiento, donde se improvisó el hospital de sangre, levantóse un pequeño altar, donde se celebró la misa que los serenos de Alhama, lo propio que varios heridos, oyeron con extraordinario recogimiento.

Frasco, al concluir su relato, añadió:

—¿Vén ustedes este tajo? Se llama el *Salto del caballo*.

—¿Porqué se le dá tal nombre?—Preguntéle al guía.

Viendo que le escuchábamos todos muy atentos, nos contó *Frasco* lo siguiente:

Poco después de la toma de Alhama, venía un caballero al trote de su caballo por los llanos de *Carneril*. Se le desbocó el caballo; se encomendó á la Virgen de los Ángeles, cruzó por frente la ermita donde existe un inmenso precipicio y caballo y caballero cruzaron los aires. El caballo se estrelló contra las duras rocas y el caballero se salvó milagrosamente. Este hecho se consignó en un exvoto que *Frasco* manifestó haber visto pintado en una antigua tabla que se ostentaba en las paredes de la ermita.

Me llamó la atención ver que á cada paso aparecían en los llanos que se ven junto al camino, numerosas cruces de piedra de un metro de altura y preguntamos á *Frasco* qué era lo que aquello significaba.

—Esto, es del degüello de los franceses—dijo el guía.

—¿Y qué es eso del *degüello de los franceses*?

Cuando más interés veía *Frasco* en nosotros más se excitaba su verbosidad.

—Pues los franceses—siguió diciendo—entraron en Alhama tocando á degüello y persiguiendo al vecindario que huía de ellos. Se corrió parte de un regimiento de dragones de caballería por este sitio, matando á hombres, mujeres y niños. Donde quiera que murió uno, se puso después una cruz. Pero luego la pagaron—siguió diciendo—porque no quedó un *franchute* para contarlo. Así es, que siempre que se hacen en Alhama cimientos para edificios, se encuentran huesos de franceses.

Insensiblemente pasamos aquel hermoso camino bordado de gloriosos recuerdos; á cada paso nos recordaba *Frasco* alguna hazaña heroica, alguna fantástica leyenda ó curiosa tradición.

Al pasar por la huerta llamada del *Cañón*, ya en las inmediaciones de Alhama, me fijé en terribles huellas que en aquel sitio dejó algún gran movimiento geológico de pasados siglos, que todavía no ha podido borrar la mano del tiempo. Véase allí una grandiosa zona desprendida, que mide más de mil quinientos metros de largo por unos quinientos de ancho, véanse enormes peñas desgajadas y en las cumbres de los tajos, las señales, las huellas de los fragmentos separados que tienen un color muy distinto de los restos de los tajos.

Nos llamó la atención ver en el camino trozos de hermosos capiteles, piedras de arcos, fragmentos de bellas columnas, pedazos de estuco dorados y hojas de cardo que conservaban su pintura.

—Ahí tienen ustedes escombros de la iglesia de San Diego, arruinada por los terremotos—nos dijo el guía.

Nos hallábamos ya en las puertas de Alhama. Al entrar por la calle de Enciso, nos señaló el guía el sitio donde hace poco tiempo se sacó de entre los escombros la última víctima de los terremotos. Se llamaba de apodo *Caniqui*. En estado de esqueleto se le encontró embozado con restos de capa y con la cabeza separada del tronco.

Frasco nos acompañó á una *casa de huéspedes* situada al pié de la vieja muralla. Sus balcones daban vista al *Égido*, sitio donde se llevan á cabo las modernas construcciones por la Comisaría régia. En esta casa estuvo el café de la *Rata*, primero que hubo en la antigua ciudad de Alhama.

VII

ALHAMA.—SU SITUACIÓN TOPOGRÁFICA.—ALHAMA AGRÍCOLA É INDUSTRIAL.—ALHAMA PREHISTÓRICA.—ROMANA.—GODA.—ÁRABE.—CRISTIANA.—ÉPOCA MODERNA.

Alhama es ciudad cabeza de partido judicial. Cuenta con un censo de población de nueve á diez mil habitantes. Está fundada sobre un inmenso tajo á cuyo pié corre el rio Marchán que nace en las sierras de Játar. Situada entre Málaga y Granada, dista siete leguas de esta última y diez de la primera, cuatro de Loja y cinco de Vélez-Málaga. La parte baja de la población, que es la antigua, se la conoce con el nombre de *Cibdad*. Está formada por calles tortuosas, estrechas y sombrías y por edificios antiguos en los cuales se ostentan los blasones de las familias que las habitaban. La población moderna, llamada *Arrabal*, ocupa la parte alta, en la que ha causado más grandes estragos el terremoto; de tal modo, que mientras en la parte antigua ha habido solo *dos* muertos, en la parte moderna se recogieron de entre las ruinas más de *quinientos* cadáveres.

Es país sumamente montañoso y pintoresco; abunda en sus alrededores la caza, y especialmente perdices, codornices, conejos, liebres y algunas cabras monteses, de la que está siempre surtido su mercado y surte también al de Granada. Su terreno es feracísimo, hasta el extremo de que algunos de sus labradores recogen *cuarenta ó cuarenta y cinco* fanegas de trigo por *una* de simiente. Su principal producción, el trigo de primera calidad, cebada y otros cereales, garbanzos, quesos, lanas, bellotas, y desarrollándose en la actualidad en grande escala la producción del aceite. Su principal fabricación consiste en molinos harineros y de aceite, alfarerías, fábricas de chocolate y salchichón, de riquísimos vinagres, escaso vino y aguardiente. En su río se encuentran en abundancia ricas truchas, con la particularidad que, desde el establecimiento balneario de aguas

termales para arriba, hállanse truchas excelentes y de gran tamaño, y del baño para abajo, peces de sabor cenagoso.

Tiene también Alhama alguna fábrica de curtidos de piel de cabra, especie de gamuza, traje que usa mucho la gente del campo. Se cría en gran escala en su término, ganado caballar, vacuno, lanar, cabrío y de cerda.

Pueblo eminentemente agrícola, tiene Alhama un bello teatro de planta, cafés y casinos. En el teatro he tenido ocasión de ver algunos telones pintados por Muriel, pintor que fué de cámara de Isabel II, que son una verdadera obra artística. Tiene un importante establecimiento balneario al que le dan fama justísima las virtudes medicinales de sus aguas termales.

El viajero que visite á Alhama tiene mucho que estudiar en sus antiguos monumentos, que ofrecen bellos recuerdos de un pasado glorioso. Se han encontrado en diferentes épocas y se encuentran hoy todavía en la población y su término, restos prehistóricos correspondientes á la edad de piedra. Roma conquistadora en Alhama alzó sus templos y dictó sus leyes, y de aquella dominación pueden verse preciosos vestigios en su acueducto, algibes, en la vía romana, lápidas, monedas y diversos objetos que se encuentran en las excavaciones. En aquella época remota ya era Alhama famosa por sus aguas termales. Llamada por los romanos *Artigi*, Plinio la coloca entre los pueblos mediterráneos del *Convento de Córdoba*, nombrándola después de *Illípula* y añadiendo que tenía el dictado de *Julien-ses*. No debe seguirse al P. Harduino que la llama *Astisgi*, haciendo, por tanto, que se confunda con la *Colonia Augusta* y el *Astigivetus*, que era de *Convento Astigitano*. (1)

Hasta hace algunos años se conservó perfectamente el *Acueducto romano*, del que nos ocuparemos en un próximo artículo.

De Alhama gótica, solo se conservan algunas ogivales portadas y retablos y una antiquísima fuente que aún se conserva en la *Cibdad* con el nombre de *caño del rey Wamba*. Corre de boca en boca allí una curiosa tradición, que envuelve la fábula de que este rey godo era hijo de Alhama (?).

Los árabes escogieron esta hermosa ciudad para levantar en ella sus mezquitas y sus serrallos, dejando en su recinto el sello de su dominación. Consérvanse de aquella época, restos de edificios, murallas y oscuras mazmorras dó gimieron los fie-

(1) Florez, «España Sagrada» tomo XII. pág. 100 y 101.

les cristianos. Entonces por su posición extratéctica y por sus inexpugnables fortalezas naturales y militares, cuyos restos todavía se conservan, la llamaban *llave de Granada*. Rodeaba la morisca ciudad una fortísima muralla con dos puertas llamadas de Granada y Málaga.

De la época de la Reconquista, guarda la historia de Alhama bellas páginas de gloria. Entristecidos los reyes católicos con la derrota de *Zahara* y queriendo el bravo marqués de Cádiz, Ponce de León, consolarles de aquella gran desgracia, concibió la idea de tomar por sorpresa á Alhama. En efecto, para llevar á cabo dicha empresa envió en traje de mercader de joyas, al viejo y valiente capitán de escaladores Ortega del Prado. Valido de su disfráz, penetró éste en Alhama, donde tuvo ocasión de reconocer sus muros y el sitio más flaco de aquellas fortificaciones. De vuelta Ortega del Prado á Marchena (provincia de Sevilla), donde se hallaba el marqués, se dispuso el ejército para ir á la toma de Alhama. Permaneció el ejército oculto una noche en el *Valle de las donas*.

Trescientos escuderos se apostaron en una de las cumbres que dominan la morisca ciudad. Ortega del Prado, seguido de unos cuantos soldados escogidos, llegó sigilosamente en la oscuridad de la noche á la barbacana del castillo. Lanzó la escala por el muro por él reconocido como el sitio más flaco, y trepando por ella con un valor y temeridad sin ejemplo, dió muerte al centinela árabe. Siguenle sus denodados compañeros y tras éstos los trescientos escuderos apostados, los que encendiendo una hacha hicieron señal al grueso del ejército.

Cunde la alarma en la población, prepárase á la defensa la gente mora, llevándose á cabo actos de heroísmo por ambas partes; combates terribles personales. Ya era tarde. Los cristianos eran ya dueños de las puertas, que se abrieron al grueso del ejército, quedando aquella noche los cristianos dueños de la *llave de Granada*.

Resistieron tenazmente los moros defendiendo palmo á palmo sus calles y plazas; todo inútil, el estandarte glorioso de la Cruz ondeaba en sus altos minaretes; donde se oía la voz del *muezín* se entonaban himnos de gloria á María!

Los reyes católicos le dieron el nombre de *muy noble y muy leal* ciudad de Alhama. Su escudo de armas, que he tenido ocasión de ver, consiste en un castillo almenado con dos brazos de

guerrero, cuyas manos sostienen una llave, dos escalas sobre el muro y una tendida en el suelo y sobre el castillo una granada.

Ningún otro acontecimiento notable en el terreno histórico, ocurrió en Alhama por espacio de algunos siglos. Los hechos más culminantes de su historia moderna, se refieren á la toma de la ciudad por las tropas de Napoleón á principios del siglo. Entró una pequeña fuerza extranjera, exploradora en Alhama. Los alhameños, sorprendidos de aquella ingrata é inesperada visita, miraron al principio con asombro y más tarde con indignación aquella fuerza invasora. En sus pechos ardía el fuego del amor pátrio hollado, sin decidirse á tomar la ofensiva. Estaba preparado todo para que estallara el incendio. Un fraile carmelita, el padre Muñóz, no pudiendo contener su indignación, ante los enemigos de la pátria, se asomó al balcón de su celda y dirigiéndose al pueblo alhameño gritó:

—¡Hijos míos! A ellos que son pocos.

Saltó la chispa y una descarga cerrada de los hijos de Alhama puso en precipitada fuga á los invasores que dejaron sus calles sembradas de cadáveres.

A brida suelta, salieron de Alhama los franceses que habían escapado con vida, por el camino de Granada donde se hallaba acampado el grueso del ejército. El general ordenó el toque de degüello y los franceses entraron en Alhama á sangre y fuego. La población vió destruidas sus casas y asoladas sus florecientes campiñas. Las *cruces del camino*, recuerdan hoy al viajero la terrible hecatombe de que nos había hablado *Frasco*. El rigor contra los alhameños llegó á su colmo durante la dominación francesa de aquella comarca; fué época cruel de terribles vejámenes. La ciudad gimió largo tiempo oprimida por exorbitantes impuestos de guerra.

No se amenguó en lo más mínimo con el terror el fuego del patriotismo y el odio á los franceses de los alhameños. El deseo de venganza fué creciendo al compás de su amor á la pátria y durante aquella lucha horrible dieron constantes pruebas de su indomable heroísmo.

Excusado es decir que el padre Muñóz pagó su patriotismo muriendo ahorcado á manos de los franceses.

Tal es la historia moderna de la *muy noble y muy leal* ciudad de Alhama, que hoy con motivo de los terremotos es objeto de universal atención.

VIII

LAS RUINAS DE ALHAMA.—LOS TAJOS.—LOS MOLINOS.—EL BARRIO DE BAENA.—EL CONVENTO DE SAN DIEGO.—LAS ASPILLERAS FRANCESAS.—EL CONVENTO DEL CÁRMEN.—EL ARCHIVO DE ALHAMA.—EL POYATO DE RUFO.—LA CRUZ DE LOS AHORCADOS.—EL ADARVE.—LOS HERMANOS DE LA CARIDAD.

Al amanecer del siguiente día salimos de nuestro alojamiento, con ánimo de visitar las ruinas y los principales monumentos de la histórica Alhama. Vimos las calles del *Fuerte*, de San Matías, de la Cruz, de Guillém, del Agua, de la Agüilla, de Enciso, del Callejón, Bermejas y los *Albaizines*, completamente destruidas por el horrible terremoto del 25 de diciembre del 84, entre cuyas ruinas se recogieron más de *quinientos* cadáveres. ¡Causa espanto la vista de aquel informe montón de escombros! A cada paso nos iba refiriendo el guía, episodios tristes y horribrosas escenas de aquella noche infausta. Veíanse algunos edificios recientemente reconstruidos; el caudal de escombros ha sido tan considerable, que con ellos se ha rellenado un inmenso barranco que separaba las antiguas de las modernas construcciones de la suscripción nacional. Es un pensamiento excelente, pues aquella vasta llanura pone en fácil comunicación la antigua Alhama, con la población que levanta la caridad de los españoles.

Por la calle de las *Peñas*, nos asomamos á un pretil cavado en la piedra viva, ofreciéndose á nuestros ojos un bellissimo panorama. En frente y á nuestro nivel, las altas cumbres vecinas. Nos asomamos y vimos á nuestras plantas, en un profundo abismo que mide más de doscientos metros, el cristalino cauce del río *Marchán*. Desde allí se divisan los gigantescos tajos de la *Peña* y de los *Angeles*, los lagos y el *Salto del caballo*. Cierren este bello cuadro, al horizonte las sierras de Játar, de *Enmedio* y Tejea; á la izquierda, los campos del *Carneril* y á la derecha los olivares, ruinas y tajos del *Callejón*. Produce cier-



tamente vértigo, pasear la mirada por la cuenca que riega el murmurante río, matizada por los verdores de frondosas huer-tas y cuyas aguas sirven de motor á varias fábricas y molinos harineros que se vén á vista de pájaro.

Desde allí pasamos al barrio llamado de *Baena*, sin duda el más castigado por los terremotos. Su aspecto dá una desconsoladora idea de la terrible inmensidad de la catástrofe, que dejará sempiterna memoria en los honrados hijos de la antigua Alhama. Barcelona ya conoce las ruinas de este barrio, que fotografió mi estimado amigo el señor Mariezcurrena en su viaje artístico á esta infortunada comarca. Colocado al pié de un elevado tajo, sobre el que se asentaba una calle, tajo y edificios desmoronáronse á la violenta sacudida de la tierra, aplastando al barrio de *Baena*, que quedó sepultado por completo. Sucumbieron entre sus escombros *treinta y siete* personas. Inmediato al barrio de *Baena*, ví una casa en la que prodigiosamente se salvó una bella señorita, hija de una muy conocida familia, que desde el alto tajo vino á parar á aquella casa. También se me contó allí, que á la caída de uno de aquellos peñones, quedó emparedada la esposa de un guarda de campo, de apodo *La Inquisición*, y que al retirar aquellas moles de granito, la encontraron muerta por asfixia, sentada en una silla con las manos cruzadas. De este tajo saltaron á un olivar dos enormes piedras, una de las cuales, atendido su grosor y extensión, pesará más de *medio millón* de arrobas. A cada paso encuéntranse huellas de aquel horrible cuadro. Al contemplar las ruinas de la parte posterior de la calle de Enciso que dá al tajo, se contrista el ánimo ciertamente, y se recuerdan las palabras de Alonso el *Sabio* que al hablar de las ruinas de Jerusalén, dijo: *No fincó piedra sobre piedra*.

Salimos de aquellos lugares que tan tristes recuerdos evocaban y nos encaminamos al convento de San Diego, hoy en restauración. Fundado por frailes franciscanos, fué después morada de religiosas hermanas de Santa Clara. Penetramos en el interior del convento, donde entre varios objetos artísticos de primer orden, vimos en los claustros y sacristía excelentes trabajos caligráficos, preciosos paisajes del mismo género, atribuidos á un religioso de aquella casa, en el centro de los cuales léense sonoras octavas reales de mística leyenda.

Entramos en la iglesia, donde pudimos admirar algunas es-

culturas de santas imágenes, regulares cuadros al óleo y un hermoso cuadro de San Pedro Alcántara, escuela granadina. Algunos retablos vimos; aunque de *Churriguera*, tenían bellos y difíciles trabajos de ornamentación. Nos llamó la atención que en dos nichos de la capilla de San Antonio, formaban singular contraste un bellissimo busto de la Virgen de los Dolores, con una estatua de San Benito, cuyas manos y cara negras como el azabache infundían imponente respeto.

En un patio inmediato á la iglesia y separado por una verja, sitio llamado *el compás*, se vé una bonita columna sobre la que se asienta una hermosa estatua de piedra de la Virgen de la Concepción, de cuya imagen á consecuencia del terremoto, ha quedado solo el tronco sostenido por una barra de hierro, habiéndose caído la cabeza como cortada por afilada hoz.

Salimos del convento de San Diego, viendo á un lado y en los mismos muros del edificio, gran número de aspilleras abiertas por los franceses para defensa de la ciudad de los ataques del camino de la *Costa*, durante el funesto período de su terrorífica y efímera dominación.

Desde allí bajamos al paseo del Cármén, donde vimos el convento de religiosos de este nombre, hoy casa-Ayuntamiento. Penetramos en un hermoso y espacioso patio de esbeltas arcadas de piedra. Supe allí que en aquel recinto, se practicaron las amputaciones de los heridos extraídos de entre las ruinas y que después se levantó en su centro un grandioso *horno de campaña* para abastecer de pan á los hijos de Alhama que en los primeros días siguientes á aquella catástrofe lo recibieron de la vecina ciudad de Loja. También supe que lindando con las paredes de este convento, se utilizó para teatro hace algunos años un antiguo local, ocurriendo en medio de una representación el hundimiento del edificio, yendo á parar gran número de espectadores á la sacristía del Cármén.

Por una antigua y ancha escalera que se bifurca, dándole un hermoso aspecto, subimos á los salones del Ayuntamiento, todos los cuales sirvieron de Hospital de sangre á raíz de aquella gran desgracia del 84. En una de las dependencias del Municipio, ví dos retratos antiguos, uno de Felipe el *Hermoso* y otro de doña Juana *la Loca*, cuya vista trajo á mi imaginación el recuerdo del hermoso cuadro de Pradilla.

Aunque á la ligera, visité el importante *Archivo* de la ciu-

dad. Ví allí su *Ejecutoria*, en bien conservada vitela, el *Reparto* de las casas árabes á los guerreros cristianos, llevado á cabo por el cardenal Mendoza, una de las primeras figuras de este último período de la Reconquista; un antiguo *Catastro* de muchos volúmenes perfectamente encuadernados y la *Carta de Concesión* de Játar (de los *catalanes*) por los reyes católicos á la familia *Rincón* y otras nueve más, de que me he ocupado al hablar de las obras de la prensa de Barcelona; multitud, en fin, de antiquísimos y curiosos documentos, que entrañan verdadera importancia histórica y crítica. Puedo asegurar que el *Archivo* municipal de Alhama es un modelo de archivos, por su excelente organización. ¡Lástima grande que los aficionados á la historia patria, no obtengan de él el partido que debieran, dando á luz hechos que permanecen en el olvido y que contribuirían seguramente á levantar el grandioso edificio de nuestra historia!

Al salir de la Casa Ayuntamiento, visitamos la inmediata iglesia de Nuestra Señora del Cármén. Su grandiosa y magnífica nave, forma una cruz latina; la armadura de su techo es de gusto mudéjar. Alrededor de su hermosa y atrevida cúpula, que tiene la forma de media naranja, se ostenta una inscripción que expresa haber sido costeadá aquella obra, por D. Rodrigo Bazán y Maldonado, uno de los héroes de nuestras glorias de Lepanto y célebre en la historia patria. Este opulento señor, fundó el rico patronato de su nombre, cuyo secular pleito se viene aun siguiendo en nuestros días. Los Maldonados, los Manriques y Guzmanes, familias cuyos blasones llenan las páginas de nuestra historia, son hoy en Alhama en su mayor parte humildes y honrados braceros.

Tiene la iglesia del Cármén, además de su cuerpo principal, dos órdenes de capillas y un grandioso coro cuya sillería ha sido trasladada á la iglesia parroquial. Entre las capillas, se distingue por su magnificencia, la de Jesús Nazareno, toda de piedra y un excelente y rico camarín, en medio del cual se destaca la corpulenta imagen. La cruz que pesa sobre sus hombros es de gran tamaño, dorada y primorosamente tallada. Tiene esta cruz la particularidad de que es hueca, y por medio de cierto mecanismo interior, produce un ruido semejante al del agua. El camarín de la Virgen del Cármén y dos retablos que hay en los brazos de la cruz de la grandiosa nave, son de

estuco, y aunque de arquitectura *churrigueresca*, son dos verdaderas joyas por la riqueza de su ornamentación. ¡Lástima que sean barrocos! Los espejos esféricos, hoy tan en uso en nuestros salones, lucen con profusión en el techo de aquel camarín.

En una pequeña capilla tuvimos ocasión de ver un cuadro de San Juan Bautista pintado al óleo, como de un metro de luz, notable por la corrección de su dibujo, por la frescura de sus tintas, la belleza de su colorido y dulzura de su entonación. Tiene todos los caracteres de originalidad; es de escuela sevillana y por algunos se considera obra de Murillo. El asunto es sumamente poético. Representa á San Juan *niño*, vestido de pieles y acariciando un precioso y blanco cordero. En la capilla del *Señor de la Escala*, vimos unos medallones al fresco, de bastante mérito artístico, algo deteriorados por la mano del tiempo, y en el cuerpo de la iglesia además de muchos blasones y cuadros antiguos vimos, un hermoso lienzo que representa á San Francisco Javier predicando á los indios.

Al salir de aquel templo, nos señalaron el sitio en que estuvo la celda, desde cuyo balcón dió el patriota padre Muñoz el grito de *Santa Independencia*, que encendió el entusiasmo bélico de los alhameños, cuando la invasión francesa en los albores del presente siglo.

A unos quince metros de los muros del Cármén y mirando al *Tajo*, levántase esbelta una gótica cruz de piedra: Es la *Cruz de los ahorcados*. Su historia es la siguiente:

Cuéntase que unos malhechores robaron la Iglesia de *Nuestra Sra. del Cármén*, llevándose el Copón con las Sagradas formas. Este sacrílego hecho llenó de justa indignación al pueblo de Alhama y su comarca. Se formó un proceso, ruidosísimo en aquella época de gran espíritu religioso.

Después de las inútiles pesquisas de la justicia, túvose noticia de que á unas dos leguas de Alhama, en el fondo del río *Cacín*, unos pastores vieron á las ovejas de su rebaño que se paraban junto á la corriente y se resistían á separarse del expresado sitio. Se acercaron los pastores y vieron delante de sus ovejas unas Formas.

Llegó la noticia á Alhama, y el clero, las autoridades y el pueblo en masa se dirigieron al río, en busca de aquellas Formas, que fueron conducidas á la ciudad, sin otro dato que

viniera á dar luz sobre aquel sacrílego robo. Por los mismos días, en un mesón de Granada, situado en la hoy calle del *Beaterio de Santísimo*, inmediata al Triunfo, ocurrió el siguiente hecho:

Unas caballerías dirigían tenazmente su hocico y sus miradas á un ángulo del establo, no consiguiendo los arrieros apartarles de aquella actitud. Fijáronse en el hecho algunas personas allí presentes, y retirando una piedra que cubría un agujero, en el sitio donde miraban, descubrieron dentro de él un Copón de plata, machacado, que desde luego creyeron todos ser, como realmente era, el robado en la Iglesia del Cármen de Alhama.

Apercibida la justicia, prende á los arrieros y del proceso que se formó resultaron ser ellos los ladrones, siendo condenados á morir en la horca que se colocó en el sitio donde hoy se levanta *La cruz de los ahorcados*. Los *cuartos* de estos, con arreglo á la ley de Enjuicimiento, entonces vigente, fueron colgados con escarpías en los muros del Castillo frente á la puerta principal de aquel antiguo templo.

Para memoria de este acontecimiento, se erigió en Granada una Iglesia en el lugar que ocupó el referido establo, bajo la advocación del Santísimo Sacramento y un Convento á ella agregado, cuyas religiosas desde entonces vienen consagradas á la enseñanza de niñas pobres. Las Sagradas Formas recogidas, se repartieron en pequeños copones de plata, á la Catedral de Granada, al citado Beaterio, á la Iglesia parroquial de Alhama, á la de religiosas del Angel y á la de clérigos menores de San Gregorio de Granada, y por haber desaparecido este último Convento, fueron trasladadas á la parroquia de San José de Granada, cuyo expediente he tenido ocasión de registrar.

Estas *Formas*, incorruptas después de tantos años, han sido recientemente reconocidas por una respetable comisión científica, nombrada al efecto, por el Ilmo. Arzobispo Sr. Monzon, antecesor del que hoy ocupa la Silla de Granada.

Para practicar el reconocimiento, fué necesario cortar los cordones y arrancar los sellos que desde aquella época remota venían asegurando la identificación de aquellas Sagradas Formas.

Como recuerdo de este hecho, se dispuso por la autoridad eclesiástica, que el párroco de Alhama pudiese llevar pendien-

te del cuello un cordón de seda roja y oro, con la llave del Sagrario. En la Iglesia del Beaterio de Granada se exhibe hoy en la pared, el hueco donde estuvo escondido el Sagrado Copón.

A muy corta distancia de la *Cruz de los ahorcados* vimos el trozo de tajo conocido por el *Poyato de Rufo*, al cual éste dió nombre una noche de *borrachera* en que perdiendo la *vertical*, cayó á aquel paraje, del que ya *fresco* le sacaron con cuerdas, no sin grandes trabajos, algunos molineros. Cuéntase que desde aquel hecho, perdió Rufo sus aficiones alcohólicas.

Por la calle *Llana* nos dirigimos al sitio denominado *Adarve*, que es una parte del tajo, que como adarve natural circuye la antigua *Cibdad*. Sobre éste se halla la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias, patrona de Alhama, hermosa imagen muy venerada por sus habitantes. Notable en esta iglesia no vimos más que un magnifico *Cristo* de talla, tamaño natural, y dos *urnas* ensambladas de concha, de muy buen gusto artístico. Visitamos también una dependencia de la citada iglesia, llamada la *Farolera*, porque, como su nombre indica, guarda infinitud de *faroles* y *farolas* antiquísimas, de gran tamaño y extraordinario número de luces que se sacan exclusivamente para el Rosario público en la noche de Todos los Santos. Son estos faroles, propiedad de la respetable Hermandad de la Caridad, fundada hace algunos siglos, cuyos individuos, además de dar y pedir limosna para los necesitados, enfermos y transeuntes, recogen personalmente los enfermos, heridos y difuntos de los campos, dando por sus propias manos sepultura á los pobres.

Así debe entenderse la caridad cristiana. ¡Bien haya esta humanitaria institución que simboliza la verdadera fraternidad humana!

IX

LA POBLACIÓN ANTÍGUA.—UNA MAZMORRA ÁRABE.—EL CASTILLO.—
HERNANDO DEL PULGAR Y EL AVE MARÍA.—CAMINO SUBTERRÁNEO.
—LAS FRASES DE UNA VIEJA.—EL PÓSITO.—LA CALLEJUELA DE
PRADA.—UNA IGLESIA GÓTICA.—BORDADOS DE ISABEL I.—EL CRÁ-
NEODE UNA SANTA.—UN ARRANQUE DE ALONSO CANO.—UN CUADRO
FLAMENCO.—ORATORIO DEL SIGLO XV.—ALHAJAS DE PLATA.—
DESDE LA TORRE.

Al día siguiente después de recorrer la *Cibdad* y visitar la Casa Cuna y antiguo Hospital, cuyos viejos muros y artística portada recuerdan al gótico, y sus elegantes techumbres mudéjares; las antiguas y hermosas casas de Arroyo, Navas, Pacheco de Padilla y otros edificios no menos notables por su antigüedad y blasones que ostentan; después de ver el *Corralazo* de Santa Catalina, *Escuela de Cristo*, y restos de antiguas Iglesias; después de admirar lienzos de rojizos muros resistentes á la destructora piqueta de los siglos, murallones de una Iglesia que sirvió de cementerio en una época no remota, después de observar por doquiera en medio de escombros y tápias, restos árabes y góticos; después de hallar á cada paso el venerable sello de pasadas glorias, nos detuvimos en la *Era* llamada del *Fandanguero* al pié de la cual vése á una profundidad inmensa la plateada cinta del rio Marchán. Allí nos enseñaron un peñón colosal desprendido del alto *Tajo* en pasados siglos y la tradición refiere, por boca de nuestro guía, que bajo su inmensa mole quedó sepultado un rebaño de ovejas con sus pastores.

Por unas escalerillas de piedra, cavadas en el mismo *Tajo*, bajamos al pié de este y penetramos en un extenso recinto circular de forma de redoma de largo cuello. Nos hallábamos en una antigua *Mazmorra árabe*, cuya entrada era su angosta boca de redoma.

La puerta por donde nosotros penetramos es moderna, abierta por los alhameños, que aprovechan aquel recinto para zahur-

da de cerdos. Allí, en aquella oscura y triste mansión, donde sólo se veía el cielo por una pequeña abertura, oyéronse los gemidos lastimeros de los fieles cristianos que resignados sufrieron toda suerte de penalidades y martirios, antes que renegar de sus arraigadas creencias; allí, aquel insano cautiverio, fué teatro de sangrientas escenas y dramas horribles. Cavada en la viva peña, recuerda aquella morisca *mazmorra*, por su forma, las casas que entre el hielo habitan los esquimales en las polares regiones.

Me hablaron de una antigua mina ó comunicación subterránea del Castillo con el rio Marchán. Ví su entrada en la orilla de este y me recordó que allí los cristianos de Alhama sostuvieron titánicas luchas para abastecerse de agua, que muchas veces bebieron tinta en su propia sangre.

Desde allí y pasando por el camino llamado de las *Monjas*, que nada de particular ofrece, fuera del sitio alegre y pintoresco en que está colocado, llegamos á la *fuentes de la Teja*, notable por la abundancia y frescura de sus aguas potables. Inmediata á una extensa y frondosa huerta llamada de *Santa María*, vimos un trozo del muro por donde penetró con sus valientes escuderos el viejo capitán de escaladores Ortega del Prado la noche gloriosa de la toma de la Ciudad.

Llegamos al castillo. Hoy solo se conservan de aquella antigua fortaleza, arranques de algunas torres y trozos de sólidos murallones. Parte de este edificio, es hoy una casa principal de moderna construcción, residencia accidental de las monjas de Santa Clara, cuyo convento, como en otro lugar dijimos, está en restauración. Entre las ruinas de este castillo se han encontrado monedas y otros objetos romanos, árabes y de los reyes católicos.

Después de la toma de Alhama, era encargado de la custodia de esta fortaleza, considerada como importante punto estratégico, el célebre Hernando del Pulgar. El caudillo cristiano, cuyo valor heróico, cuya temeridad sin ejemplo le conducían siempre tras grandes y peligrosas empresas, impresionado sin duda por la imponente grandiosidad con que allí se le ofrecía la naturaleza, con sus elevados tajos y profundos abismos, concibió el insigne guerrero el gigantesco proyecto de penetrar en la corte granadina, de fijar en la puerta de la mezquita el sagrado nombre de María é incendiar la ciudad que encerraba

á los fanáticos hijos de Mahoma. Y en efecto, después de conferenciar con su predilecto esclavo ya bautizado, Pedro del Pulgar, muy conocedor de la morisca ciudad, salió del castillo en compañía de éste y de algunos escuderos, con dirección á Granada, en una noche oscura y tenebrosa, que se prestaba á la realización de sus propósitos, guardando junto á su corazón, como inapreciable tesoro, el cartel del *Ave María*.

El ruido de la guerrera cabalgata excitó la curiosidad de una vieja vecina de Alhama. Asomóse ésta con un candil á la ventana, y reconociendo á Pulgar, dice con gangoso é intencionado acento á sus acompañantes:

—¿Con Pulgar íis? La cabeza lleváis pendiente de alfileres.

Siguen su camino los cristianos, y haciendo tiempo para llegar á Granada de noche, sestéan no lejos del Castillo de *Taharha*, donde se halla la cortijada de este nombre, que por la costumbre de aspirar la *h*, según los árabes, se pronuncia hoy *Tajarja*.

Allí recogen los guerreros cristianos algunos haces de leña seca, que, á la caída de la tarde cargan sobre sus caballos, para llegar de noche á las inmediaciones de Granada. Entran por el cauce del río *Darro*, á la sazón algo crecido, llegan frente al castillo de *Bibbataubin*, continúan el curso del río hasta las *Pellejerías*, para ir á buscar la puerta de la *Mezquita* hoy sagrario de la Catedral, lugar donde descansan los restos de Pulgar en la capilla de su nombre, situada entre la Catedral, el Sagrario y la Capilla real. De ahí el adagio granadino: «Está como Pulgar, ni dentro, ni fuera.»

Después de cruzar algunas tortuosas calles, llegamos á la antigua plaza de la *Cibdad*, donde hoy se halla la cárcel del partido, en cuyos muros se ostentan dos escudos, uno de Alhama y otro hermosísimo de los Reyes Católicos, precioso resto de la antigua casa municipal hoy destruida. No léjos de la calle llamada de los *Moros*, por los sangrientos hechos de que fué teatro la noche gloriosa de la *toma* y junto á una viejísima casa, notable por su antigüedad y rareza de escudo que ostenta su fachada, se halla el *Pósito* de Alhama. Severo edificio de sillares de piedra, se halla depositado en sus grandes salones un inmenso caudal de trigo. Allí, además de las medidas contrastadas según el *marco de Avila* y las del sistema métrico vigente, vimos una balanza colosal y antiquísima, cuyas pesas

de piedra y grandes argollas de hierro, pesan ocho y doce arrobas castellanas. En los bajos del edificio vimos también el antiguo tablado y la *horca* que sirvió en remotos tiempos para las ejecuciones de la justicia.

Salimos del *Pósito* tristemente emocionados por la vista del repugnante cadalso, y por la antigua plaza entramos en una estrecha y sombría calle que recuerda el árabe, nos fijamos en una grandiosa y antiquísima casa que ostenta un escudo con una llave, que es el blasón de la familia *Vime-Prada*. Nos brindaron á penetrar en ella, donde pudimos ver antiguas puertas y ricos artesonados. Este edificio, que dá nombre á la calle, está convertido hoy en casa de vecinos.

Sin apartarnos de aquellos sitios, donde se respira el grato ambiente de pasadas épocas, nos dirigimos al inmediato templo parroquial. Antes de entrar en él nos llamó la atención la artística portada de una antigua casa en perfecto estado de conservación. Dicha portada es gótica, con algunas líneas bizantinas y reminiscencias árabes. El adorno dominante son conchas de peregrino, señal de que su fundador tomó parte en aquellas peregrinaciones célebres á Jerusalén, Roma ó Santiago. Es hoy propiedad de la familia Villarrasa; ¡lástima que sus rojizas paredes tostadas por el sol de tantos años, estén embadurnadas de una capa de cal, que le quita el aspecto severo de antigüedad y esconde la corrección de líneas de sus excelentes adornos!

Por una ancha escalinata de piedra, llegamos á una plazuela que ostenta en su centro un pequeño jardín, frente á una casa, en cuya pared se vé una lápida de mármol blanco con la siguiente inscripción: *Casa rectoral de Alhama*. Es residencia del párroco doctor don Federico Sánchez, sacerdote ilustradísimo, arcipreste del partido, de delicado trato, que nos invitó á penetrar en ella, enseñándonos su biblioteca que contiene libros de verdadera importancia científica.

Acompañados de tan amable señor, entramos en el suntuoso templo gótico, de vasta nave y de excelente gusto. En la capilla mayor, vimos *frescos* modernos de Muriel, de notable mérito y de estilo gótico. Este esbelto templo, construido después de la gran epopeya de la Reconquista, consagrado en 1480, así como su hermosa torre, ambos de sillería, sufrieron considerablemente con los pasados terremotos, quedando inu-

tilizado para el culto divino. Los habitantes de Alhama que tienen suma veneración y gran estima á aquella joya del arte gótico, esperan con anhelo que el Gobierno lleve á cabo su pronta restauración.

Entre otros piadosos objetos, vimos el *cráneo* auténtico de Santa Teodora, considerado como reliquia insigne. En la sacristía, esbelta, espaciosa y de moderno gusto, vimos una hermosa mesa de mármol rosado de la sierra de Loja, sostenida por cuatro piés de bronce, notable aquella por su belleza de color y por su tamaño de cinco ó seis varas de extensión. Vénse allí también dos hermosas mesas de nogal con tabloncillos de una pieza, cuyos árboles debían ser enormes. En una de sus paredes, leímos efemérides del siglo XVI y una inscripción que dice: «Esta iglesia fué consagrada por el cardenal Mendoza», una de las más grandes figuras de la Reconquista pátria. En otra de sus paredes, vimos un lienzo de tamaño natural, que representa la santa imagen de un *Cristo crucificado*, cuya hermosa obra es del inimitable Alonso Cano. Nos llamó sobremedera la atención, el que la cabeza del *Cristo* estuviese completamente borrada, no por la mano del tiempo, sino con pintura sobrepuesta groseramente, que revela ser de la misma época que el resto de la excelente imagen. Se nos dijo que este cuadro perteneció al convento del Cármen y no habiéndose entendido el prior carmelitano y el célebre artista, acerca del mérito de la cabeza, éste en un arranque de indignación, borróla con un brochazo diciendo al prior:

—Ya os he pintado el Cristo; ahora, buscad quién os pinte la cabeza.

Vimos otro hermoso cuadro al óleo que representa á Santa Isabel lavando la cabeza á los tiñosos. Este cuadro es digno de estudiarse, no solo por su mérito artístico, sino como cuestión de indumentaria. También pudimos ver un bello retablo que fué antiguo Oratorio del siglo XV, con riquísimas tablas de aquella época; una hermosa custodia gótica que se saca en andas en las tradicionales fiestas del Corpus, y unas fuentes de azofar, notables por su antigüedad y buen gusto artístico.

Creí terminado el exámen de las obras de arte, cuando el ilustrado y amable párroco, mandó exhibirnos un verdadero y riquísimo caudal de indumentaria. Entonces mi mirada ávida de impresiones artísticas, pudo recrearse en excelentes *capas*,

preciosas *casullas* y *dalmáticas*, verdes, negras, rojas, moradas y blancas, verdaderas joyas de antiguos bordados debidos á la inteligente y piadosa mano de la gran Isabel I y de sus nobles camaristas. ¡Qué medallones tan ricos, tan primorosos, tan delicados, hechos con seda de colores, representando apóstoles y santos, comprendidos dentro de bordadas molduras de brillante oro!

El ilustrado Arcipreste de Alhama, cuya galantería jamás agradeceremos lo bastante, nos invitó á que registráramos el interesante *Archivo* de aquella. Allí vimos diversas partidas de bautismo de moros y moras, que abjuraron de sus creencias á raiz de la Reconquista. Entre otros papeles curiosos y de verdadero interés histórico, vimos un documento por el cual el Rey manda que se celebre la *fiesta de San Márcos* como aniversario de la gloriosa batalla de San Quintín.

Con mil trabajos nos separamos de aquella severa estancia, donde se respiraba la agradable atmósfera de misticismo y de arte retrospectivo, pudiendo ver á nuestra salida un magnífico púlpito gótico de piedra, notable por la pureza de sus líneas y unos enormes escuzones con las armas de España, en el águila de los Católicos Reyes y los particulares de estos monarcas consistentes en el *yugo* y las *coyundas*, con el lema: *Tanto monta*.

Visitamos el hermoso y vasto coro, hojeamos su librería de antigua vitela y por la *puerta del Sol*, salimos del severo templo parroquial de Alhama, pudiendo observar, que la hermosa portada gótica original, está cubierta por otra, de grandes columnas, costeada por los beneficiados de aquella Iglesia á principios del presente siglo y construida según datos allí adquiridos, por los ascendientes de los cantéros de esta población, de apellido *Ortuzar*, sobrinos de un hoy célebre obispo de la China.

Sería de desear, que al llevarse á cabo la restauración de este artístico templo, se hiciera desaparecer la portada moderna, para que la antigua luciese la bella esbeltez de sus góticas líneas y que al mismo tiempo, la hermosa cruz de hierro con flecha de veleta que existe en la plazuela, viniese á rematar en la cúpula del antiguo y grandioso templo.

No pude resistir á la tentación de visitar la esbelta torre, que ha sufrido grandemente con los terremotos y por una an-



cha escalera de caracól, de piedra, admirablemente tallada, subimos á las habitaciones del campanero y de allí al magnífico campanario desde donde se ofrecen hermosos puntos de vista.

A nuestros piés, á vista de pájaro, se extiende la histórica ciudad, rodeada de fértiles campiñas, matizadas por el hermoso verdor de la primavera, el cauce por donde serpentéa la corriente cristalina del Marchán, los gigantescos tajos y caprichosas cordilleras de montañas.

Allí parecíamos pigmeos alrededor de las grandiosas campanas que, por su tamaño y sonoro timbre, son dignas verdaderamente de figurar en una catedral de primer orden.

Salimos del gótico templo y rendidos ya *de tantas idas y venidas de tantas vueltas y revueltas*, nos encaminamos á nuestro alojamiento en busca del ansiado descanso.

X

MÁS OBRAS DE ARTE.—EL PASEO DEL CÁRMEN.—EL ACUEDUCTO ROMANO.—¡MALHAYA LA PIQUETA!—EJEMPLAR DE ROTACIÓN.—LA CRUZ VERDE.—LOS BAÑOS TERMALES.—NUEVAS AGUAS SULFURASAS.—UNA COMISIÓN CIENTÍFICA.—UN CASTILLO.—HORRORES DE UN CEMENTERIO.—LA IGLESIA DEL REMEDIO.—UNA ZAMBRA DE GITANOS.—EL CORRALÓN DEL CONCEJO.

Con ánimo de visitar el renombrado establecimiento balneario de aguas termales, abandonamos al amanecer del siguiente día nuestro alojamiento.

Por la calle de la *Iglesia*, en la que vimos unos escudos de piedra de un Arzobispo de Granada, llegamos al paseo del *Cármén* y deseosos de ver unos retratos antiguos que el amigo Mascaró nos había celebrado, entramos en la casa del Sr. Alcalde de Alhama; y si bien en hora algo inoportuna, dicho señor y su simpática esposa con suma galantería, dejaron al momento satisfechos nuestros deseos, enseñándonos unos pequeños cuadros, que hubiéramos sentido no ver, algunos de los cuales tienen el estilo inimitable del insigne Velázquez. Eran dichos retratos de los ascendientes de D.^a Francisca Cortés Pacheco de Padilla, esposa del alcalde de Alhama.

Esta señora y su esposo con la mayor finura y amabilidad, no quisieron despedirnos sin antes obsequiarnos con algunas copas de excelentes licores, los clásicos dulces del país, llamados roscos de *alfajor* (*Alfahor*) y *niños* y *besos de monja*, que són por cierto esquisitos, á pesar de la sal cáustica de su nombre. Hay que advertir que las monjas de Santa Clara de Alhama se distinguen en la elaboración de los dulces por su variedad y delicadeza.

Del *paseo del Cármén* nos trasladamos al sitio que allí se llama *Paseo á secas*, en el que vimos una fuente monumental costeada por la antigua sociedad de «Amigos del País». Remata esta fuente un hermoso jarrón de mármol, que giró sobre su

eje á consecuencia de los terremotos, constituyendo un curioso ejemplar de *rotación*, que llamaba la atención de algunos geólogos.

—Aquí estaban los *arcos*—nos dijo *Frasco* Martín, nuestro buen *cicerone*.

Efectivamente, nos enteramos de que en el expresado sitio, se levantaba hace algunos años un soberbio *acueducto romano*, de veintiún arcos, que fueron profanamente destruidos para aprovechar sus materiales en la construcción de la moderna casa Ayuntamiento.

¡Lástima grande, que la demoledora piqueta hiciera desaparecer aquel antiguo monumento, magnífico y soberbio ejemplar de la dominación romana, y que resultáran completamente estériles los esfuerzos de la Comisión de monumentos de Granada y las gestiones de varios alhameños amantes de las glorias y de las bellezas artísticas de su patria!

Sentimos tener que consignar aquí nuestra profunda pena, ante el maldito furor de destrucción que caracteriza el siglo XIX.

En este *Paseo* y apoyado en el muro del castillo, vimos una gran cruz de piedra, que antes se levantaba en medio de la placeta, como recuerdo de unos falsificadores de papel sellado que allí fueron ejecutados, y que se llamaban *Verde* de apellido: de ahí le viene el nombre de *Cruz Verde*.

Por una ancha carretera tallada en medio de un tajo, donde arrancan las estribaciones de unos encumbrados montes que corren en dirección del cauce del río Marchán, montes que están acusando su origen volcánico, nos dirigimos al famoso balneario de Alhama. Pasamos junto á un túnel abierto en las rocas, para desviar de los muros de los *Baños* el curso del río y después de andar dos kilómetros de carretera y dejar á la izquierda amenos paseos que sirven para recreo de los bañistas y hermosas huertas de árboles frutales, entramos en las hermosas *termas árabes*.

El edificio, magnífico y de inmensas proporciones, sirvió de hospedaje á S. M. Don Alfonso XII durante su permanencia en Alhama poco después de los terremotos. Entre sus principales departamentos, cuenta el balneario, con una severa Capilla y salones de billar, de lectura y de tresillo, recreos en fin, de todo género, para expansión de los enfermos bañistas. Tiene con-

fortable *Fonda* para los enfermos pudientes y *Hospedería* donde se albergan las clases necesitadas.

En la planta baja existen magníficas termas, duchas, cámaras sudatorias, aparatos para inhalaciones, excelentes piscinas para baños generales y particulares, de mármol de una sola pieza. Vimos el baño llamado de la *Reina*, de *San José* y otras piscinas verdaderamente notables, mereciendo especial mención, por ser una excelente obra del arte arábigo, las llamadas *Termas*. De vastas dimensiones, presentan esbeltas arcadas de herradura y elegantes líneas que le hacen figurar ciertamente entre los mejores de su gusto.

Encuétrase en el balneario de Alhama, en una palabra, cuanto aconseja la moderna ciencia hidroterápica. Los abundes manantiales de aquellas aguas transparentes, *salino-termales* de alta temperatura, brotan en el fondo de la hermosa piscina árabe, á una distancia cortísima del cauce del río Marchán, y surgirían indudablemente á causa de algun antiguo fenómeno geológico, de la misma manera que en los últimos movimientos sísmicos, brotó á muy corta distancia de aquel sitio, un nuevo manantial de aguas *sulfuro-termales*.

El establecimiento balneario de Alhama, es frecuentado por numerosos bañistas, que allí acuden atraídos por el justísimo renombre adquirido desde tiempo remotísimo, por las virtudes medicinales de sus excelentes aguas. Son altamente recomendables para las afecciones *reumáticas*, *parálisis*, *anquilosis* de los miembros y diversos estados *neurósicos*. Estas aguas al enfriarse, no se distinguen por su sabor de las demás aguas potables.

El citado balneario es propiedad de D. José Martos Pérez, ex-diputado por Alhama.

A corta distancia del establecimiento, brotó, como hemos dicho, á consecuencia del fenómeno geológico del 24 de Diciembre de 1884, un gran caudal de aguas *sulfurosas termales*, de altísima temperatura, que se propone explotar una empresa de la ciudad de Loja.

Habiéndose instruido por esta causa, expediente de utilidad pública, han sido dichas aguas objeto de concienzudo estudio y minucioso análisis, por una respetable comisión científica compuesta de los Sres. Barrachina doctor en ciencias naturales y digno Canónigo del Sacro-monte, Dr. García Solá, dis-

tinguido micrógrafo, profesor de la Facultad de Medicina de Granada y por el reputado químico Dr. Alonso Fernández, catedrático de la de Ciencias, maestros muy queridos, los dos últimos, del autor de estas desaliñadas líneas.

Por el antiguo camino de los *Baños*, salimos en dirección á la histórica ciudad y después de haber visto varios restos de termas romanas y árabes, pudimos observar en una colina inmediata al establecimiento, un castillo aspillerado por los franceses.

Continuamos por aquel antiguo camino contemplando la feracidad de aquellos terrenos ó *ruedos* de Alhama y nos hallamos á las puertas del hundido cementerio.

Allí nos refirió nuestro guía *Frasco*, la horrorosa escena de la caída de los nichos á causa de la terrible sacudida terrestre, la espantosa confusión de esqueletos antiguos y cadáveres más modernos, lápidas, ataúdes, girones de ropas, coronas funerarias, trozos de madera, cráneos revueltos, fragmentos de mil mortales, escena espeluznante y triste que trae á la memoria las *Noches lúgubres* de Cadalso ó los populares versos de Espronceda.

¡Parecía como que la Providencia quiso abatir la humana soberbia confundiendo con espantoso desórden y en informe monton todos aquellos repugnantes restos!

Tristemente impresionados, salimos de aquel solitario y santo recinto

dó la muerte en torno gira
con desnuda realidad;
dó se acaba la mentira
y comienza la verdad,

como escribía, llevado de mi afición á las musas, en los verdes años de mi adolescencia.

Emprendimos de nuevo nuestro camino, junto al que pudimos ver unos pobres caseríos llamados los *Cortijillos*. Allí se levantaba una pequeña barriada que incendiaron los franceses á principios del presente siglo.

A los pocos metros, se presentaron ante nosotros, los viejos muros de la ermita de los *Remedios*, que durante los terremotos sirvió de templo parroquial y que en adelante será ciertamente más concurrida por su proximidad á las modernas construcciones.

Allí nos refirieron aquellos vecinos, que en la noche del terremoto todos los gitanos de Alhama, que tienen sus viviendas en el *Portillo* á que dán nombre, se encomendaron á la Virgen del Remedio. Al ver en el siguiente día que estaban ilesos todos los de su raza y las caballerías que constituyen su única riqueza, con extrañas exclamaciones, jeremiaco tono é increíbles hipérboles, propias de su estilo, celebraron su gratitud á la Virgen del *Remedio*, ofreciéndole una gran fiesta.

Asistieron á ella vestidos de gran gala todos los *síngaros* de la comarca, atraídos por la fama de aquel acontecimiento, y todo eran abrazos, plácemes y alegrías.

Después de la gran función celebrada en la citada ermita, hubo procesión con la venerada imágen, á la que con grandes círios concurren todos aquellos descendientes del Indostán, figurando en primera línea, entre ellos y ellas, el famoso y decididor *Frascuchí*, con su hijo *Puntero* y las aristocráticas familias de *Frasquete* y *Carmona*, dando todos muestras de su ferviente piedad.

—¡Viváa... que esta es la *mejó* de *tóas* las *vígenes*, que *mos* ha *sarvao* á *tóos* los *gitanicos*!... Y *hemos tenío* más *suerte* que los *casteyanos*...—decía entusiasmado *Frascuchí*.

Aquella noche, en señal de alegría, celebraron una gran *sambra* ó *juerga*, á la que concurrió lo más lucido, la *crème*, lo más *barí* de su clase.

Preguntando en lo que consistió aquella, nos enteramos de que se cantó la *soledá*, el *polo*, la *malagueña*, las *jaberas* y las *seguidillas del Santo óleo*. Se bailó por *tóo lo alto*, la *lata* el *sapateao*, la *soledá*, la *mosca*, el *zorongo*, los *pernales* y el *petaco de Visente*.

Al recoger todos estos datos de boca del celeberrimo *Frascuchí*, patriarca de su gente é intérprete de *caló* (lengua gitana), supimos que el *buffet* de aquella *soirée*, consistió en abundante vino de la *Costa* de *á doce* el jarro.

Con esto que borró de nuestro ánimo la triste huella de la escena referida en el cementerio, nos dirigimos á nuestro albergue fijándonos en un antiguo corralón llamado *Corral del Concejo*, donde se ven los restos de una antiquísima fuente con abundantes adornos.

Pasamos junto á una pirámide de piedra, que ostenta los blasones de Alhama y por las escalerillas llamadas de los *Arco*s, nos encontramos en la puerta de nuestra morada.

XI

EL BARRIO DE «EL IMPARCIAL».—LOS ASERRADEROS.—LA NUEVA POBLACIÓN.—LAS CASÉTA, LAS TIENDAS Y LAS BARRACAS.—EL SANTUARIO DE LA AURORA.—LA CRUZ DEL HACHUELO.—UNA VÍA ROMANA.—LAS MODERNAS PLANTACIONES.—EL CABALLO SIN CABEZA.—EL VALLE DE LA «DONA».—UNA ANTIGUA NECRÓPOLIS.—LOS VILLARES.—HUELLAS DE UN PUEBLO.—CORTIJO DE FRASCO MARTÍN.—EL POZO DE JÚRTIGA.—LAS CANTERUELAS.—EL CAMPO DE ZAFARRAYA Y LA TORRECILLA.—LA ALCAICERÍA.

No satisfechos con haber estudiado los principales monumentos y haber admirado las bellezas artísticas que en su recinto encierra la morisca Alhama, é impulsados también por los constantes estímulos de *Frasco Martín*, que nos celebraba la hermosura y feracidad de las campiñas vecinas, nos resolvimos antes de regresar á Granada, dar un largo paseo á caballo por aquellos contornos, que fueron teatro de hechos gloriosísimos en la época de la Reconquista y satisfacer al propio tiempo, nuestro deseo de visitar las modernas construcciones.

Y en efecto, á las siete de la mañana, después de un ligero desayuno y de haber probado los clásicos *mostachones* del celebrado Convento de Santa Clara, mi amigo Mascaró, *Frasco* y el que escribe estas líneas, montamos á caballo inmediatamente y en un *abrir y cerrar de ojos*, trotando por el *Carril*, nos hallamos en el nuevo barrio levantado con los fondos recaudados en las columnas de *El Imparcial*.

El barrio del ilustrado diario madrileño, está situado en los terrenos del *Égido* y enclavado entre las carreteras de Loja y Granada, muy próximo al actual cementerio, que según se me afirma, en breve será este trasladado á otro sitio más lejano del casco de la población. Consta de 20 casas, escalonadas en forma de anfiteatro, en la falda de los *Aserraderos*, que en conjunto ofrecen excelente efecto.

Estas casas de regulares dimensiones y buena distribución,

lleen cumplidamente los caritativos propósitos del importante periódico y las necesidades de los habitantes. Las construcciones son de mampostería, con pilares de ladrillos y tejas del país, lo mismo que las maderas.

El acto de la distribución de estas viviendas, se ha realizado recientemente, celebrándose con este motivo una verdadera solemnidad y un banquete al que con el Sr. Gasset, han asistido las autoridades de Alhama y las personas más importantes de la población.

El Imparcial puede estar satisfecho y orgulloso. Ha realizado una hermosa obra de caridad, que ya antes hubo de empezar levantando, en el mismo sitio, un barrio de casetas de madera que sirvieron de habitación provisional á sus moradores en los aciagos días de los terremotos. El pueblo de Alhama, como todos los que fueron pródigamente socorridos por la prensa y por la suscripción nacional, conservarán imperecedero en las páginas de su historia y en lo más profundo de su corazón, el nombre siempre bendito de sus bienhechores.

Por la carretera de Loja y á muy corta distancia de este barrio nos hallamos en las construcciones que costea la Comisaría régia con la suscripción española. A la sazón estaban haciéndose grandes desmontes y construyéndose casas de primera, segunda y tercera clase, obedeciendo á los tipos de amillaramiento y bajo un mismo plano.

La construcción no deja nada que desear y la plaza es de vastas dimensiones. Las calles anchas y rectas como las del barrio de *El Imparcial*. Allí pudimos ver que por medio de una tubería de hierro se ha conducido el agua de la población para el surtido de aquellas obras. Este nuevo pueblo estará unido á la ciudad antigua por una ancha esplanada que se ha formado con los escombros de los edificios arruinados.

En todas estas edificaciones de que me he ocupado, impera la mejor orientación y excelentes condiciones higiénicas.

Junto á las construcciones, así como en otros muchos parajes inmediatos á la población, se conservan todavía grandes grupos de *casetas* debidas á la caridad de los españoles, *tien-
das* de campaña facilitadas por el Gobierno, *barracas*, chozas de todo género que causa espanto considerar y traen á la memoria, las incomodidades, las fatigas y las miserias sufridas por sus moradores en la crudeza de pasados inviernos y en los



rigores del caluroso verano como asimismo el gran número de enfermedades á que por la falta de higiene, habrán azotado á aquella improvisada población.

Por el camino de la *Aurora*, vimos la Iglesia de este nombre, en la que ha hecho grandísimos desperfectos los últimos terremotos. Penetramos en el santuario que nada encierra de notable, fijándonos en la imagen de la Virgen, la cual se halla colocada sobre una vistosa nube rodeada de ángeles y querubines.

A nuestra salida nos detuvimos en el ancho soportal ó átrio, al que todos los años, el día de San Miguel, acude el pueblo de Alhama en devota romería, dó se verifican grandes rífas de unos populares dulces, allí llamados *piñonates de sartén* ó *flores de piñonate*.

Subimos por una pendiente senda que atraviesa feracísimos terrenos y dejando á un lado *Tejar*, y nuevas construcciones que constituyen una moderna barriada no castigada por los terremotos, nos hallamos junto á la *Cruz del hachuelo*. Como expresa su nombre, este monumento consiste en una tosca cruz de piedra franca, levantada en el sitio donde los escuderos al mando del capitán de escaladores Ortega del Prado, encendieron el *hachón* que sirvió de señal de avance la noche de la toma de Alhama, á los guerreros cristianos acampados en el *valle de la Dona*.

Inmediata al *Hachuelo* vimos una ancha vía cuya antigüedad se pierde indudablemente en la noche de los tiempos. Formada esta por gruesas piedras de singular dureza, se cree por algunos, que fué una de aquellas grandes vías que el Imperio de los Césares abrió en nuestro país, para poner en fácil comunicación las provincias con Roma su Metrópoli; vías, anchos senderos que abiertos por la soberbia romana, por la dureza de su cetro, por la ambición de sus Césares, fueron después hermosas arterias por donde se comunicó al mundo la sávia vivificadora de una nueva doctrina, que derribando las fronteras de las naciones, había de conseguir que todos los hombres se abrazasen como hermanos ante el madero de la Cruz.

De tan trascendentales consideraciones, que embargaban nuestro ánimo trasladándonos á remotísimas épocas, vino á separarnos la acción sensible de la belleza del panorama que se ofrecía á nuestros ojos.

Vénse desde allí inmensas plantaciones de frondosos olivos situados en rectas hileras y rodeadas de grandes vallados de almendros, cubiertos de su nevada flor; hermosa campiña en cuya contemplación nos deleitamos. Parecían los troncos de aquellos árboles simétricamente alineados, una interminable fila de braceros, que arrancaban con el sudor de su frente el benéfico jugo de aquellos fértiles terrenos para depositar sus ricos productos en el acerbo común de la humanidad. Pasados algunos años, si prosiguen como en la actualidad esmerándose en la labor de aquellos terrenos, constituirá dicha hermosa zona una verdadera riqueza agrícola.

Por tan ameno sendero, llegamos á un abrevadero común formado por toscas pilas de piedra, á las que pasa el agua de una en otra, conociéndosele con el nombre de *pilas del Hachuelo*. Quisimos beber en el nacimiento y nos abstuvimos de hacerlo, por temor á las pequeñas sanguijuelas que en aquella agua pululan en abundancia. Estas pilas han sido el lugar donde se ha fijado de tiempo inmemorial una conseja ó fábula, que siempre dió mucho que hacer y que pensar á los pastorcillos y zagalejos de los cortijos de la comarca.

Allá en las noches frías del invierno, alrededor de la vivificante lumbre, en la cocina de negruzcas paredes, se sentaban los cortijeros con su familia. En medio de aquel silencio profundo, interrumpido sólo por el chisporrotéo de los humeantes troncos y por el lejano ahullido de algunos lobos, el anciano rebadán refería con intencionado acento, escenas misteriosas y terroríficas de duendes, brujas y demonios para asustar á los traviesos rapaces que desobedecían á sus mayores ó lanzaban alguna que otra blasfemia.

Entonces entregados unos á la labor de sogas ó *pleitas* de esparto, otros cosiendo *serones*, *redondeles* ó *espuertas*, contaban, á la gente menuda que en la profunda *cima de Enriquez* habitaba un duende que montado en un brioso *caballo sin cabeza*, segada por la afilada alfange de un moro, bajaba al *Hachuelo* en la oscuridad de la noche, con objeto de dar de beber á su *acéfalo* por la cola, en el citado abrevadero.

Temerosos los muchachos, con la noticia de que aquel duende se llevaba á los rapaces blasfemos y holgazanes, bajo el peso de aquella terrorífica impresión, convertíanse (á ratos) en *hombres* honrados y laboriosos.

Tal es la fábula del *caballo del Hachuelo*, que conocen desde que tienen el menor uso de razón los zagalejos de aquellos contornos y cuyo fin moral salta á la vista.

Entretenidos con la conversación, pasamos insensiblemente el camino que nos separaba del *Valle de Dona*, hermosísima llanura rodeada de elevadas montañas, que causa al ánimo agradable impresión. Llámase esta llanura *Valle de Dona*, por haberse hallado en ella, según parece, poco después de la Reconquista, la antigua imagen de una Virgen escondida allí por los cristianos para librarla del furor de los sarracenos, cuando invadieron estos nuestro territorio.

Desde allí distinguíamos los renombrados terrenos de la *Dehesa*, de *Dil* y la empinada sierra de Loja. Allí nuestra imaginación se trasladó á las escenas que tuvieron lugar en aquella llanura el día que precedió á la toma de Alhama. Nos parecía oír al Marqués de Cádiz, que rodeado de D. Diego de Merlo, del Adelantado Mayor de Andalucía, del Conde de Miranda, de los alcaides de Jeréz y de Carmona, hablaba á los soldados con entusiasmo de la toma de la morisca ciudad y del rico botín que debía premiar el arrojo del asalto. Creimos distinguir el ardimiento bélico de los guerreros cristianos que todos aspiraban á ser elegidos para escalar los muros. Veíamos al Marqués, al Adelantado y á Merlo, refrenar la impetuosidad de aquellos valientes que miraban con envidia á los trescientos escuderos que al mando del alcaide de Marchena habían de seguir al viejo capitán de Escaladores Ortega del Prado y á los treinta adalides encargados de dar comienzo á aquella arriesgada empresa. Les veíamos abrazarse cariñosamente y apretarse las nervudas manos, en señal de enhorabuena, y creímos oír en el susurro de la brisa el «adios» de despedida eterna para los que sucumbieran en la refriega.

Hablando de estas escenas gloriosas, con mis amigos Mascará y Frasco, atravesamos el interminable llano y dejando á la derecha la *venta del Franciscón*, y á la izquierda el *pozo de Dona*, llegamos al collado de las *Sepulturillas*, donde tuvimos ocasión de contemplar una extensa necrópolis antiquísima.

En aquel collado, véanse innumerables sepulturas cavadas en la viva peña, y sentí ciertamente, no disponer allí de medios y de tiempo, para practicar algunas escavaciones en busca de

restos antiguos, á lo que daba esperanzas fundadísimas la existencia de aquella necrópolis.

Frasco Martín el buen *cicerone*, después de colocarse dentro de una de aquellas sepulturas, para probarnos el gran tamaño de los cadáveres en ellas depositados, nos hizo notar muy atinadamente en la orientación, que él ha podido observar, en estos antiguos sarcófagos. Ello me recordó la antigua necrópolis que vimos en las hazas de Játar, mirando al Oriente y *Frasco* para vaciar su pensamiento, dijo con su proverbial gracejo.

—Esta gente le temía mucho al aire de *abajo* (Norte) y procuraban estar siempre bien *enrecachaos*, aludiendo con esta frase el que las sepulturas están orientadas á sol saliente.

Por la *Cañada del Colmenarejo* y por una senda pedregosa é inmenso matorral, llegamos á lo que nuestro guía llamaba los *Villares* situados en el cerro de la *Barbería*.

Desde el primer momento comenzamos á distinguir restos de una antigua población, notándose hasta la huella de la alineación de sus calles, y tropezándose á cada paso con montones de piedra, tejas, ladrillos y fragmentos de viejísimas tinajas. De allí, nos contó el guía, se han sacado en diversas ocasiones monedas y otros objetos antiguos.

Descendimos de aquella montaña, cruzando el valle de *Júrtiga* y en la falda de la sierra de este nombre, vimos el cortijo de nuestro apreciable guía rodeado de floridos almendros y de un precioso soto de jóvenes encinas.

—Ya están ustedes en su casa—nos dijo *Frasco* al penetrar en aquella limpia y rústica vivienda.

Después de presentarnos á su esposa, á sus hijos y á una nietecita huérfana la pobre, á consecuencia de los terremotos, con una franqueza patriarcal, nos hizo preparar la mesa.

Dos frescas perdices, muertas por su simpático hijo Pepe aquella mañana, un trozo de excelente jamón, otro de queso del país y *pan casero* de esquisito paladar, constituyeron nuestra comida, tomando además de algún vino, la riquísima agua del *pozo de Júrtiga*, que según nuestro anfitrión, es la mejor de toda la jurisdicción de Alhama.

Después de la comida y de ofrecernos nuestro buen *Frasco* aquella modesta heredad propiedad suya y adquirida en fuerza de sudores y desvelos, fruto de una vida de honradez y de



trabajo, bajamos á las *Canteruelas*, delicioso sitio que visto desde la puerta del *cortijo de la Regidora*, parece una murada población de la edad media, con sus torres almenadas, recintos y barbacanas, no siendo en realidad otra cosa, que tajos que adoptan naturalmente aquellas formas caprichosas.

Sin perder minuto subimos á la elevada cumbre llamada la *Torrecilla*, desde donde á vista de pájaro distinguíamos la inmensa y feráz llanura de Zafarraya en la que se destacaban las blancas notas de las construcciones llevadas á cabo por la caridad de los cubanos; el *boquete*, ancha abertura entre dos montañas; al frente, la faja azul del mediterráneo, distinguiéndose las blancas velas de los buques; á la izquierda, en último término, y con la ayuda de nuestro anteojo, como una ilusión, al pié de la Sierra Nevada envuelta entre dorada neblina, la antigua corte de Boabdil, la hermosa ciudad de Granada.

Con trabajo nos separamos de aquel pintoresco sitio, y trasladándonos sin perder minuto á otra altura, vimos las *Alcaicerías*, ameno lugar de frondosa y exuberante vegetación, de blancos caserios, delicioso sitio que en la antigüedad sirvió de paraje de convalecencia para los árabes enfermos.

Al descender de aquellas alturas nos sobrevino la noche y rendidos por el cansancio de aquella jornada y gratamente impresionados por las variadas emociones recibidas, llegamos á nuestro alojamiento con el propósito de abandonar al siguiente día la morisca ciudad.

XII

LAS ALFARERÍAS.—EN MARCHA.—LA ALAMEDA.—EL PUENTE DE SIETE OJOS.—LOS ANGÉLICOS.—LA CRUZ DE CALVO.—LAS BARRETI-NAS.—«ADIOS» Á LA PRENSA CATALANA.—Á CACIN.—LAS MONE-DAS DE LATÓN.—EL PADRE DE LOS POBRES.—LOS LLANOS DE LA MATANZA.—UN ROMANCE ÁRABE.—VENTAS DE HUELMA.—LOS LLANOS DEL TEMPLO.—UN ALGÍBE ROMANO.—POR LA MALAHÁ.—GABIA LA GRANDE.—UNA MEZQUITA ÁRABE.—EL CUADRO DE PRA-DILLA.—MIRADA RETROSPECTIVA.—HALLAZGO PARA UN CATA-LÁN.—EN GRANADA.

Al amanecer del siguiente día y antes de despedirnos de la ciudad de Alhama, mi amigo Mascaró deseoso de aprovechar el tiempo, interín nos preparaban un almuerzo, me invitó á que visitáramos algunas industrias de la población y especialmente las *Alfarerías*, fabricación que todavía recuerda la dominación sarracena. Esta industria, está hoy en Alhama, en el mismo estado que en aquella época remota; el mecanismo de su fabri-cación, es aun el mismo que los árabes usaban.

Pudimos ver se empleaba en ella, blanca y excelente arcilla, con la que se confeccionan cántaros de varios tamaños para agua, otros llamados *lecheros*, vidriados por su interior, botijas de diversa cabida, jarros, botellas, copas de buen gusto, y pi-potes, especie de *porrones* de una aroma especial que refrescan notablemente el agua, produciendo ese olor y sabor que carac-teriza al búcaro. Vimos allí también se estaban confeccionando tubos para cañerías, ladrillos, fuentes, ollas y orzas con vi-driado oscuro.

Después de visitar diversas fábricas de ladrillos, locetas y tejas, nos dirigimos á nuestro alojamiento muy solícitos de los goces de la comida que en la mesa nos aguardaba.

—Con las caballerías les espero en la Alameda,—dijonos el amigo *Frasco*.

Tomamos café en el casino de la *Mosquita* y nos encamina-

mos al sitio donde nos había dicho *Frasco* nos aguardaba con los caballos. En vano anduvimos mirando en todas direcciones y la tal Alameda no aparecía.

—Donde está la Alameda, preguntamos en la posada del *Cascajo*.

—En ella se encuentran ustedes, caballeros,—dijonos el interpelado.

Cual no fué nuestra sorpresa, al vernos en una carretera abierta en la barbacana del Castillo, donde *hubo* álamos, pero hoy solo puede verse uno, escuálido, raquítico, que crece entre las duras rocas. Tal es la *Alameda* de Alhama.

En una caseta divisamos al apreciable *Frasco* con las caba-llerías, nos acercamos y nos dijo:

—Tomen ustedes una copa, amigos, que esta es la tienda de la *Currica*.

Y vá de sorpresas. Entramos esperando ver una mujer de estatura proporcionada con el diminutivo de su nombre y apareció una soberbia matrona, de gigantesca estatura y de agraciado y franco continente.

Allí pudimos enterarnos de que en la noche del terremoto, había en su casa baile. A la primera oscilación todos los asistentes á la fiesta abandonaron la casa precipitadamente, desplomóse el edificio, salvándose los *bailarines*. Hubo solo una víctima; el hábil tocador de guitarra conocido por *Ciruela*. La silla en que estaba este sentado, de forma de abanico y pintada de negro, la he visto sujeta por una madera al borde del abismo.

—Dijonos con significativa sonrisa *Frasco*.—Ahí tienen el puente de los *siete ojos*.

Está visto que hoy es día de sorpresas, pues lo que se veía, ni era puente, ni mucho menos; era lisa y llanamente un pretíl con siete aberturas que dan paso al agua del barranco llamado la *Barbacana*.

Bajando por la carretera, distinguimos á la derecha y en la cuenca del rio, otro tejear en el sitio denominado el *Vadillo* y nos hallamos á los pocos momentos al lugar llamado *los Angélicos*, nombre que le dán á unas piedras bruñidas y lucientes yá, por el continuado frote de las tiernas cabezas de los muchachos, que engañados por otros zagalones, acuden para oír el canto de los *ángeles*.

En la confluencia de esta carretera con la del Balneario, atravesamos un bonito puente de moderna construcción y trotando por la empinada cuesta, después de ver unos molinos de yeso, nos encontramos en la *Cruz de Calvo*.

—Aquí en este sitio, se detuvo la gran cabalgata que desde Játar vino á despedir á los señores Tobella y Lopez,—dijo *Frasco* Martín.

Allí también nos detuvimos un momento, para dedicar un recuerdo á nuestra pátria y á los dignos individuos de la prensa de Barcelona. Y allí se ensanchó nuestro corazón, al escuchar, que aquellos señores representantes de la caridad del principado, fueron objeto de una despedida entusiasta y cariñosísima de parte de los jatareños, que agitando sus improvisadas *barretinas*, gritaban llenos de gratitud: *¡viva Cataluña!*

Allí por último, tuvimos el sentimiento de despedirnos de *Frasco* el inteligente guía, quien, al quererle recompensar debidamente sus trabajos en aquella larga excursión, en que siempre le vimos atento, servicial y cariñoso, con gran dignidad negóse rotundamente á percibir remuneración de ningún género.

Dimos un apretado abrazo al apreciable *Frasco*, partícipe de nuestras fatigas y de nuestras emociones, comenzamos á descender la cuesta de *Cacin* y atravesando el rio que recoge todas las aguas de Játar, Arenas y Alhama para unirse al Genil y perderse en el caudaloso Guadalquivir (Guadialquivir ó rio grande), llegamos á las puertas de Cacin.

No ofrece ciertamente este pueblo nada de particular. Allí nos enteramos que hasta hace algunos años, servía de entrada al mismo un grandioso arco de mampostería de forma romana, que fué destruido por amenazar inminente ruina. Su única industria es la agricultura. Su término produce trigo y otros cereales, y su principal riqueza consiste en la abundancia de esparto que allí se recoge y exporta en gran escala. Sus terrenos están dedicados á la ganadería. Sus habitantes, sujetos al letal influjo de las aguas estancadas en las alamedas inmediatas á la población, sufren calenturas maláricas, allí, de carácter endémico, cuyo sello dejan en los rostros de aquellos vecinos, que, por su color, los alhameños les llaman *panciverdes* cuando tratan de molestarles.

La Iglesia parroquial, restaurada recientemente, lo propio que varias casas del pueblo, no tienen nada digno de mención.

Subimos una gran cuesta y á la izquierda de la carretera, pudimos ver un grande cortijo que se nos dijo ser propiedad del dueño del pueblo y de todo su término.

Rodó la conversación sobre esta inmensa propiedad, y en el curso del relato nos apercibimos de un hecho curioso y raro.

El dueño del pueblo, mandó confeccionar unas medallas de latón que circulaban para las transacciones de aquellos vecinos. Con ellas pagaba á los jornaleros y cuando alguno quería marcharse de su jurisdicción, se llegaba al citado cortijo, donde le cambiaban dichas medallas por monedas españolas. Allí pude también enterarme, de que el dominio de dicho señor en Cacín, es verdaderamente paternal y que á causa de su caridad inagotable, se le conoce con el honroso nombre de *Padre de los pobres*.

Pláceme ciertamente, poder consignar aquí el proceder noble y generoso, del digno Maestrante de Granada D. José Toledo y Muñoz, muy respetado y querido por todos los desheredados de la fortuna.

Siguiendo nuestro camino nos hallamos en los *Llanos de la Matanza*, en los que como su nombre indica, fueron teatro de una horrible hecatombe á raíz de la toma de Alhama por los cristianos.

Con el objeto de reconquistar la ciudad, reunió Muley Hacén en aquellos extensos llanos un ejército de tres mil caballos y cincuenta mil infantes. Apercebido el Marqués de Cádiz del propósito de los árabes, avisó á todos los señores y alcaides de Andalucía, y principalmente á los bravos caudillos Conde de Cabra, Alonso de Aguilar, Garci-Fernandez, Manrique, Martín Alonso de Montemayor y alcaide de Donzeles, para que al frente de sus huestes cristianas acudieran en auxilio de Alhama. Así lo hicieron, logrando juntar un ejército de cuarenta mil peones y cinco mil caballos. Se avistaron los dos ejércitos y trabóse allí un sangriento combate sin duda de los más importantes de aquella época.

Inútil es que aquí refirámos los rasgos de valor y de heroísmo, de que ambos ejércitos dieron muestras en aquella encarnizada lucha. Allí acudió también D. Fernando, el Católico monarca, desde Medina del Campo, acompañado del Duque de Alburquerque, de los Condes de Treviño, de Tendilla, de Cifuentes, de Medinasidonia, los Guzmanes, Ponce de León y otros.

caballeros, consiguiendo levantar el sitio que Muley Hacen puso á su querida Alhama.

Algunos autores de aquella época, consignan que las fuerzas árabes consiguieron con aquella vergonzosa derrota ser recibidas por los granadinos con señales inequívocas de indignación y de desprecio.

Aquellos llanos y aquel sangriento combate, me recuerda un antiguo romance árabe que vertido al castellano, he tenido ocasión de leer en las *Guerras civiles de Granada* de Perez de Hita:

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada,
Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Bibarrambla.

¡Ay de mi Alhama!

Cartas le fueron venidas
De que Alhama era ganada:
Las cartas echó en el fuego
Y al mensajero matára.

¡Ay de mi Alhama!

Cuando en el Alhambra estuvo
Al mismo tiempo mandaba,
Que se toquen los clarines
Los añafles de plata.

¡Ay de mi Alhama!

Y que las cajas de guerra
Apriesa toquen al arma,
Porque lo oigan sus moros,
Los de la Vega y Granada.

¡Ay de mi Alhama!

Los moros que el són oyeron
Que al sangriento Marte llama,
Uno á uno y dos á dos,
Juntádose ha gran batalla.

¡Ay de mi Alhama!

Después de recorrer un trayecto de aquellas llanuras, nos hallamos en el pueblo de Ventas de Huelma, metrópoli hoy de dos ó tres poblaciones inmediatas y propiedad de dos acaudaladas familias de Alhama.

Al salir de Ventas de Huelma, pueblo que sufrió muy poco á consecuencia de los terremotos, pasamos un puente nuevo construido recientemente, pues el que anteriormente había, se cayó por las pésimas condiciones de los terrenos del barranco en que se asentaba.

Ya habíamos salido por completo de la región de las montañas, encontrándonos con otra extensa llanura conocida con el nombre de Llanos del *Temple*, nombre que según he oído, se debe á que algun tiempo pertenecieron á la órden militar de los caballeros *Templarios*, que por su importancia en Europa, tanto dieron que hacer á aquellas Monarquías.

Dejando á la derecha á Escúzar, en una altura, y á la izquierda Ácula y la cortijada *Noniles*, en campo raso, llegamos al *Algibe*.

En medio de aquellas vastas llanuras, sin agua, sin vegetación, que si no fuera por el verde matíz de algunos sembrados recordaría el desierto de Sahara, se encuentra el *Algibe*, verdadero *óasis* donde apagan su sed los labradores de la comarca y los cansados caminantes. De léjos las descarnadas piedras del *Algibe*, tostadas por el sol de tantos siglos y cuya construcción recuerda la dominación romana, asemejan la gigantesca osamenta de algún dromedario.

No tardó en presentarse ante nosotros la villa de Malahá, y al tiempo de cruzar las rectas calles del pueblo, saludamos cariñosamente al ilustrado párroco, del que tantas atenciones recibimos, á nuestro paso para Játar.

Pasamos el puente, inmediato á las salinas, subimos la pendiente cuesta de la carretera, y desde la cumbre se ofreció á nuestras plantas la hermosa vega de Granada sembrada de blancos caseríos é históricas poblaciones, Alhendin, Gabia, la Zubia, Pinos Puente, Cúllar Vega, Armilla, Santa Fé, Huetor Vega, Atarfe, Albolote y cien otros pueblos que recuerdan hechos gloriosísimos y sangrientos episodios, de las guerras civiles de Granada y de la gran epopeya de la Reconquista.

Allá en el horizonte, veíase agrupada al pié de la gigante mole de la Catedral, Granada, la morisca ciudad de los encantos, esa odalisca, que como ha dicho un ilustrado orador contemporáneo, «rodeada de vistosas flores, arrobada por el aromático azahar de sus deliciosos jardines, arrullada por el murmullo de sus fuentes, recuéstase con oriental abandono so-

bre deslumbrador tapiz de perpétuas nieves, mientras humildes el Genil y el Dauro refrescan las plantas de la que reconocen por su sin rival señora.

Allí, en aquella cumbre, descansamos largo rato, contemplando la antigua corte de los nazaritas, y que como decía el erudito orador granadino, «recibió en su seno los más claros estirpes de la Arabia, la Siria, la Caldea, el Egipto y el Africa, cuyas gloriosas geneologías nos conservan Ben-Alabar de Valencia, los indígenas Alkatib y Ben-Adelhalin y las poéticas inscripciones de la mágica y deslumbradora Alhambra, la que alentó á los Nazaritas y Abencerrajes, cuyos ascendientes fueron *ansaris* (amigos y auxiliares del Profeta); á los Alnayares, descendientes de Aldelmelic-Ben-Omar, célebre emir coraixita contemporáneo de Abderrraman I y Carlo-Magno; á los Meruanes y Omeyas, del linaje de los califas de Córdoba; á los Zegríes, procedentes, segun algunos, de los reyes Zeiritas; á los Marines, enlazados con los califas de Féz; á los Gomeres, hijos del desierto; á los Zenetes de Argel; á los Gazules de la antigua Getulia; á los Zabanegas de Marruecos: á los Almora-
dies de Tánger; todos nietos de los terribles soldados de Masiniza y Yugurta, de cetrinos rostros, duras y ardientes miradas, pasiones fogosas é indomables tipos constantes de la raza Númida, caballeros todos, rivales de los Ponces y Guzmanes, de los Padillas y Córdobas, de los Pulgares y Fajardos, de los Aguilares y Manriques, de tantos y tantos guerreros esforzados, de tantos héroes, cuyas caballerescas aventuras, y galanteos son abundante pasto para antiguos y modernos cancioneros.»

Allí, á nuestras plantas, estaba Granada, con sus tradiciones y sus recuerdos, «la pátria del célebre Alkatíb, la protectora de las ciencias y de las artes, la fuente de la poesía y de los cuentos, el eden de los hijos del Profeta; Granada, oriental sueño de las delicias, la de los vergeles de *Aynadamar* y el *Haxeriz* ó valle del deleite, salud y consuelo para el enfermo de la Libia, de Zahara y de Féz, la que fué riquísimo centro de industria cuyo Zacatín y Alcaicería, asiento de poderosos mercaderes, competian ventajosamente con los de Pisa y Florencia y con todos los mercados de la escala de Levante; la de los maravillosos alcázares de encaje y oro, con tan bellos panoramas, que inspirando al restaurador de las bellezas de Calderón



y la fecundidad de Lope de Vega, ha entonado bendiciones á la *potente mano autora de tantas armonías.*»

Descendimos la cuesta de Gabia, entusiasmados por la contemplación de aquellas bellezas y de aquellos recuerdos históricos, no pudiendo resistir al deseo de recitar aquella conocida improvisación de Zorrilla ante las deleitosas vistas de Granada:

«Bendita sea la potente mano
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruiseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta Sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus días,
Y todo su recinto de armonías.»

No habíamos concluido el último verso de esta octava, que mi amigo Mascaró escuchaba con religioso silencio, cuando llegamos á Gabia la Grande, dejando á la izquierda en una altura, su vistosa ermita, hoy templo parroquial. Al cruzar sus calles pudimos ver los antiguos blasones que ostentaban algunas casas, las ruinas de un templo gótico y los muros de otra Iglesia en construcción.

Salimos del pueblo dejando á la izquierda un moderno y esbelto puente que une la carretera de Granada á Velez-Málaga pasando por Alhama, y en sus inmediaciones varios humeantes hornos de ladrillería.

A los pocos minutos nos hallábamos en Armilla. Atravesamos al trote su calle principal, y por la ancha carretera después de pasar por el *puente del Obispo* y la *Cruz de Lagos*, llegamos al paseo de los *Colegiales* conocido por *Violón*, deteniéndonos breves momentos no lejos de la ermita de *San Sebastian* antigua *Mezquita*, lugar donde el rey Fernando recibió de Boabdil las llaves de Granada, cuyo pasaje histórico ha inmortalizado Pradilla con su pincel inimitable.

Nos hallábamos en Granada. Las primeras sombras de la noche envolvían con su negro manto la morisca y poética ciudad que considero como mi segunda patria, pues si en ella no nací, en ella disfruté el hermoso sol de los mejores días de mi juventud, ella fué la cuna de mis más puros amores y en ella, en fin, vió la luz primera, mi hermosa é idolatrada hija.

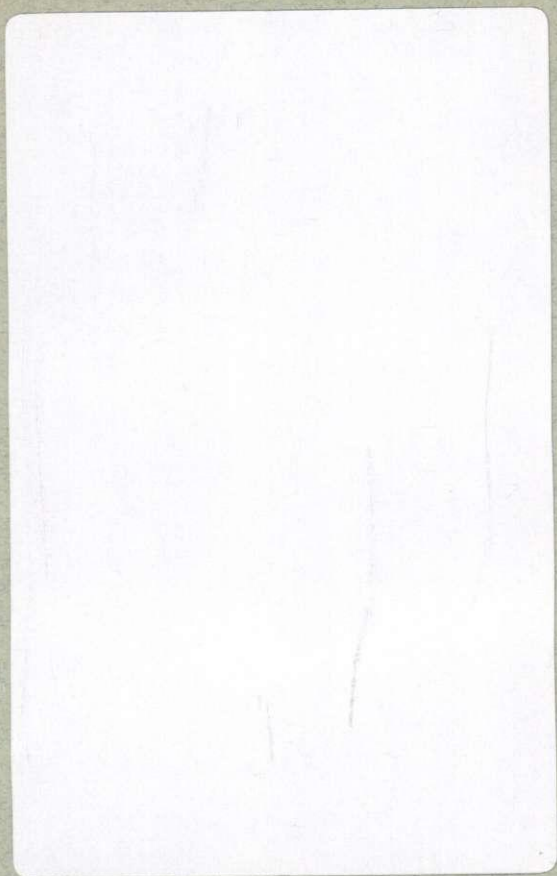
Una hora más tarde reunía mis notas y borrosos apuntes

del viaje, con el objeto de compartir con mis apreciables lectores, las gratas emociones de aquella excursión de que conservaré imperecedero recuerdo.

En tropel aparecieron como en fantástico cosmorama en mi imaginación calenturienta, aquellos montes altísimos de caprichosos y atrevidos picos, imponentes ruinas, bosques inmensos, derruidos castillos, árboles centenarios, lóbregas cavernas, ermitas solitarias, grutas misteriosas, recuerdos artísticos, monumentos célebres, tostados edificios de otras edades, campos pintorescos sembrados de hechos gloriosos, heroicas hazañas, hermosas leyendas, fantásticas tradiciones, curiosas historias: sentía todavía refrescar mi frente el suave y dulce ambiente de la caridad española, que se respira por aquellas campiñas y por aquellos pueblos que sucumbieron bajo el peso de aquella gran desgracia; parecía que estaba oyendo todavía resonar en mis oídos las bendiciones á la hidalga y generosa Cataluña y á la prensa de Barcelona, y por este misterioso encadenamiento de las ideas y de los recuerdos, vino á mi memoria el hallazgo, para mí de un inapreciable tesoro, de un documento de verdadera importancia histórica y crítica, para los anales de la industrial Tarrasa, mi patria querida, cuya historia publiqué en mis mocedades (1).

En tal situación y con todos los colores de la realidad, presentóse á mi vista el cortijo de *Navazo de San Pedro*, desfilando ante mi imaginación libros antiguos de verdadera importancia, *Las antigüedades judaicas* de Flavio Josefo, descripción de la *Tierra Santa* de Adriconio, las obras del judío Philón, Virgilio, Tasso, Dante y entre ellas como una valiosísima joya, un añejo pergamino que se ocupaba de *Los obispos y del Concilio de Egara* (Tarrasa) en tiempo de Sisebuto y la *Diatriba CL. V. Stephani Baluzii Tutelensis de Episcopatu Egarensi ad eruditissimum P. Philippum Labbeum* (Discusión del esclarecido varón Estéban Balucio de Tudela acerca del Obispado de Egara, *Tarrasa*, dirigida al erudito P. Felipe Labeo), documentos que arrojan abundantísima luz sobre aquellos tiempos envueltos en las sombras del pasado y vienen á enriquecer el caudal crítico é histórico de mi siempre querida Tarrasa.

(1) *Tarrasa antigua y moderna.*



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ratos de ocio, folleto de poesías castellanas y catalanas.—Valencia, 1875.

Chispas del corazón, un tomo en cuarto de poesías castellanas.—Tarrasa, 1877.

Tarrasa antigua y moderna, ensayo histórico, tomo en cuarto.—Tarrasa, 1879.

Viaje á la Nueva Cataluña, folleto en cuarto. Descripción histórica, pintoresca y científica de los pueblos de la provincia de Granada arruinados por los terremotos.—Tarrasa 1890.

EN PREPARACIÓN:

Historia de Tarrasa. Publicado el primer tomo que contiene la MONOGRAFÍA DE EGARA Y SU OBISPADO.



ANT
XIX
1842/3

V I A J E

Á LA

NUEVA CATALUÑA

DESDE ANDALUCÍA.- LOS TERREMOTOS DE 1884

DESCRIPCIÓN PINTOESCA, CIENTÍFICA É HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS DE JÁBAR Y ARENAS DEL
REY, RECONSTRUIDOS POR LA CARIDAD CATALANA, EXCURSIÓN POR LAS
RUINAS DE ALHAMA, AGRÓN Y SUS CONTORNOS, NARRACION DE LOS FENÓMENOS GEOLÓGICOS OBSER-
VADOS, DATOS HISTÓRICOS HASTA HOY DESCONOCIDOS, TRADICIONES, USOS Y COSTUMBRES
DE AQUELLOS PUEBLOS DE LA PROVINCIA DE GRANADA

POR

JOSÉ VENTALLÓ Y VINTRÓ

(SEGUNDA EDICIÓN)

(Precio una peseta)

TARRASA

IMPRESA DE M. UTSET JUNCOSA.—FUENTE VIEJA, 30

1890